

# EL MUNDO PINTORESCO,

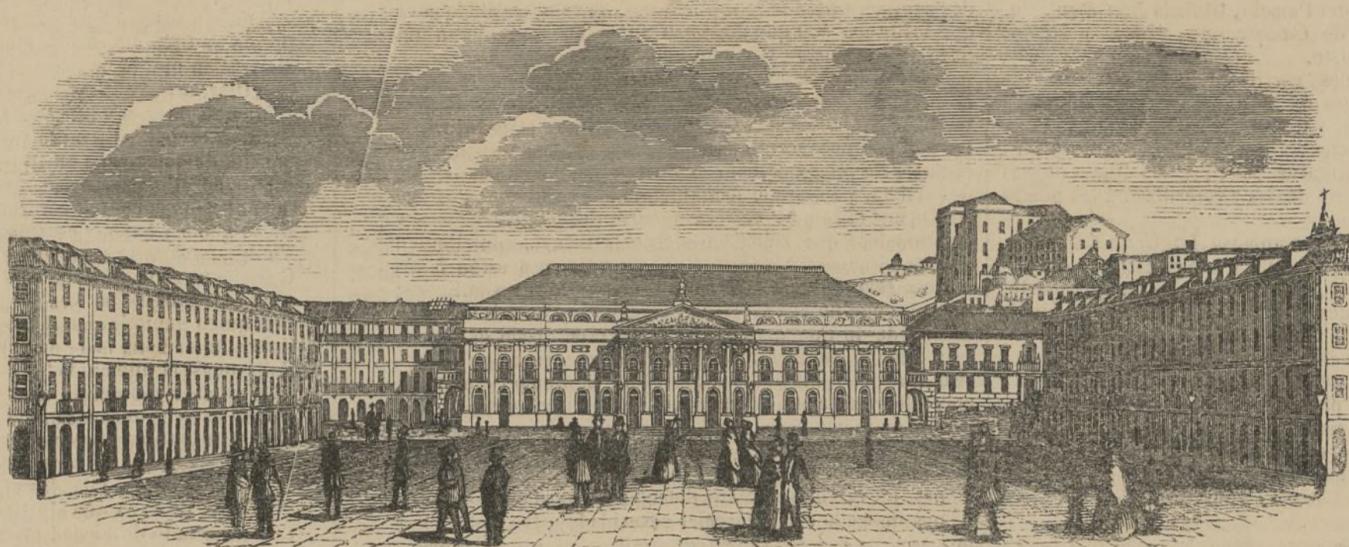
ILUSTRACION ESPAÑOLA.

ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y RETRATOS.

**PRECIO DE SUSCRICION.**  
EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.  
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.  
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.<sup>o</sup>  
N.º 44.—28 Octubre 1860.

Este periódico sale todos los domingos.  
Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo.  
Un número suelto, 3 rs. vn.



Plaza del Rosico y Teatro de Doña María, en Lisboa.

## SUMARIO.

Revista de Madrid, por don Juan A. Loren y la Hoz.—Exposicion de Bellas Artes.—A Molière (poesia), por don Antonio Vinageras.—La capilla espiatoria, por don Antonio G. del Canto (continuacion).—Dos negaciones equivalen á una afirmacion.—Hernani (poesia), por don Pedro Alejandro Boissier.—Amor y olvido (balada), por don Javier de Palacio.—El ambicioso por amor (continuacion).—El lentigo.

LÁMINAS. Plaza del Rosico y teatro de Doña María, en Lisboa.—Canal de San Martín (París).—Julia Berger.—El Angel Ituriel.—Culebra boa.

## REVISTA DE MADRID.

El verso.—El cólera.—Tilin, tilin.—La caja de Pandora.—Resabios de orador.—Chiste popular.—El Príncipe (de Madrid, no de Asturias).—La señora Lamadrid.—Deudas de la conciencia.—Historia de una carta.—Don Bucefalo.—La Cruz del Valle.

Sr. D. R. R. de Mendoza.

Querido amigo: me cuesta un trabajo escribir en prosa que tengo que contenerme y dominarme para no hacer una revista en verso.

Dos razones me contienen: la primera, que creo no debe rebajarse el verso tratando asuntos de suyo prosáicos, porque aun cuando me sería dado hablar del cielo, el prado, el monte, el valle, el río, el aura, las flores y las mugeres, esto no sería sino música celestial; y la segunda, el no ser yo tambien de los que con versos y mas versos de índole mediana llaman á las puertas de EL MUNDO PINTORESCO, y muchas veces ocupan su estancia.

El escribir en verso, es una manía, una epidemia, una plaga, un cólera—morbo, y yo soy un caso.

Hablaré, pues, en prosa, que para espresarse mal todo es bueno; y hecha esta salvedad revistemos,—aunque esto de revistar—tenga mucho que entender—que muchos revistan mal—y pocos revistan bien.

¿Ve V? Los tales versos sin querer se me escapan. En ocasiones mi inteligencia parece un hortera, todo lo dá medido.

A esto lo llama el vulgo poesia: yo lo llamo música. Yo creo con el distinguido poeta don Antonio de Trueba, que hay mas poesia en *El beso de una madre* y en *La sonrisa de un niño*, que en diez tomos escritos en verso.

Pero basta de digresiones, que yo en hacerlas una tras otra no tengo enmienda.

*Mi revista, lectores, mi revista,—revista debe ser y es evidente—que no revisto y charlo neciamente.*

Hoy estoy incorregible. ¿Qué dirá don Eulogio Florentino Sanz, de mí, que me permito echar á perder sus lindos versos? Diga lo que quiera, él tiene la culpa: que no escriba versos tan bien, y no me los aprenderé yo de memoria.

Tilin, tilin, tilin, tilin... He hecho sonar la campanilla de mi escribanía para llamarme al órden, porque estoy indudablemente fuera de la cuestion.

Contesto á mi campanilla.  
—Procuraré no estraviarme; mas la advertencia de V. S. vá á dar á mi revista cierto sabor de discurso parlamentario insoportable.

—No le hace, responde, para eso están abiertas las Córtes.

—¡Oh dicha! ya he dado una noticia: ¿no lo sabia V? Pues si señor, se han abierto las Córtes y se votarán los presupuestos y... LOS PRESUPUESTOS. ¡Qué palabra! igual á LA CAJA DE PANDORA.

Al órden, señor diputado.  
—Señora campanilla, V. S. se ha equivocado, yo no soy diputado todavía; lo será si Dios no lo remedia, pero por ahora solo soy revistero.

—Pues señor revistero, no se haga V. itusiones.

—Soy poeta.  
—¿No dice V. que el hacer versos no significa...

—Es que yo no alego ese título; los versos nacen en mi cabeza y la poesia brota en mi corazón. La poesia es el amor á lo hermoso, y no hay una hermosa por quiea yo no delire. Díganlo la Gregoria, la Cármen, la Pilar, la Pepa, la Adriana, la Concha, la Antonia, la etc., etc., etc., y mas etc.

—Señor revistero del infierno.

—De Madrid; señora campanilla.

—Lo mismo dá; señor revistero de Madrid ¿quiere V. entrar de lleno en la cuestion y no andarse por las ramas?

—Con mil amores (yo no me contento con menos.)  
Empiezo mi discurso:

Entrando, pues, de lleno en la cuestion, debo esponer ante todo, el sentimiento con que veo las calles de Madrid recibir el tributo que de derecho corresponde á las columnas mingitorias; debo manifestar la indignacion que siento al ver que estos tributos se rinden en los sitios mas públicos y en las fachadas de los templos, y debo lamentar que este vicio feo, súcio, indecente é indigno de una poblacion de importancia y culta y de un pueblo cristiano no se corrija como se puede con facilidad. (Bravo, bravo. Aplausos estrepitosos.) (Todos los que aplauden al salir, desentendiéndose de las mingitorias, hacen en las paredes mas cercanas lo que debieran hacer en aquellas.)

Sigue el orador.  
Que á un propietario que escribe en la fachada de su

casa: *No se permite verter aguas en este sitio*, se le borre el *No* y se deje solo escrito: *Se permite verter aguas en este sitio*. (Risas) será muy chusco; pero es bien censurable.

Por estas y otras razones me es á mí desagradable ocuparme en revistar las calles de Madrid, y prefiero revistar las carreras de caballos y los teatros.

En la primera carrera, noté bastante desanimacion: casi todos los premios los ganaron caballos del duque de Osuna, que podían hacer disculpable la antigua creencia de que á estos animalitos los engendraba el viento.

En los teatros, es de notar la constante concurrencia que á todos acude, producida indudablemente por el bienestar general y la tranquilidad que se disfruta. Y estas espresiones que vierto, movido por mi conviccion, no se interpreten como un rasgo de ministerialismo. Y dejemos aquí los resabios parlamentarios que, respecto á teatros, no hablo yo nunca de broma.

Hablando de cada uno en particular, debo hacer constar, que la empresa del Príncipe es acreedora por su celo y actividad al favor del público.

Despues de *La torre de Babel*, de que ya dí cuenta en mi revista anterior, se ha ejecutado en este coliseo *La campana de la Almudaina*, en la que el señor Delgado se ha hecho aplaudir, aun haciéndolo despues que el señor Valero, y en la que la señora Lamadrid está como acostumbra, inspirada y sublime.

Al admirar á la señora Lamadrid en esas escenas, en que su elevado talento, su genio artístico y su inspiradísimo sentimiento brillan simultáneos, conmoviendo al espectador mas insensible, y arrebatando al público con su magia poderosa, haciéndole sentir á su arbitrio, no puedo menos de lamentar, que sea tan efímera la gloria que proporciona á los actores y actrices notables su difícil arte.

Yo al contemplar á la señora Lamadrid, tan sublime, tan llena de sentimiento, con tanta inspiracion; al sentir lo que espresa ó lo que siente; al sorprenderme subyugado por su acento, pendiente de su voz, de su ademán, de su mirada; en esos momentos en que me hace delirar, siento que no sea inmortal, y luego lamento lo breve y pasajera que es su gloria. El poeta vive en sus obras despues de muerto, se celebra su nombre al través de los siglos; y el actor vive en un recuerdo, en una memoria vaga, que el tiempo disipa muy en breve.

Y sin embargo, en ocasiones, el actor, la actriz, valen tanto como el autor, su obra y su inspiracion.

Se ha ejecutado tambien en el Príncipe, el drama trágico del fecundo poeta señor Fernandez y Gonzalez *Deudas de la conciencia*, escrito con vigor y valentía, y en el que se notan rasgos brillantes del genio poético que le ha producido, bellezas de primer órden, hijas de una imaginacion tan rica; pero pertenece al género romántico, ya vencido y derrotado.

Ha sido necesario todo el talento del señor Fernandez y Gonzalez para hacer aplaudir un drama de un gusto tan gastado, un drama que es casi un delirio. Solo la frescura, la entonación, la armonía y la belleza de sus versos, le hacen soportable.

Un asesinato horrible, una maldición de un padre, el incendio de un barrio de Sevilla, el robo de una doncella, una tempestad, un homicidio, se puede presumir que un incesto y la demencia de la amada y hermana del protagonista, forman un conjunto tan terrorífico, que pone en tortura el corazón del espectador.

En el señor Fernandez y Gonzalez, que no necesita para crear de la cooperación de nadie, son mas censurables que en otro alguno las reminiscencias que se advierten en su obra, del *Don Juan Tenorio* de Zorrilla.

En Variedades se ha puesto en escena la comedia *Historia de una carta*, arreglo que se ha recibido bien por su agradable enredo, porque está bien escrito y porque está bien ejecutado, sin embargo de que la señora Rodriguez declama y acciona con una dureza impropia de una actriz de su reputación.

De la comedia, como los arreglos los tengo en poco, no me ocupo mas.

En la Zarzuela se ha estrenado tambien la nueva, arreglada por don Manuel del Palacio, titulada *Don Bucéfalo*. Es prima hermana de *Campanone*, y solo la música puede escucharse con gusto.

Esta clase de arreglos, escritos para música extranjera, me parecen enemigos de la música y de la literatura españolas. De la música, porque siendo extranjera, ocupa el lugar de la nacional, que en la zarzuela es donde se forma y campea; y de la literatura, porque los libros de las zarzuelas son generalmente malos y esterilizan á los poetas que en ellos se ocupan.

En el Circo se estrenó con aplauso *La Cruz del Valle*, zarzuela en tres actos, bien escrita y con situaciones dramáticas de mérito: la música, que es agradable aunque fuerte, tiene segun las autoridades en materia de sonidos, profundidad y filosofía.

La ejecución en general ha sido detestable: el señor Cresj, de quien me abstuve de formar un juicio sin fundamento cuando le ví por primera vez, aunque desde luego supuse que en papeles serios no haria furor, ha venido á confirmar esta suposición en *La Cruz del Valle*. Como actor, el señor Cresj manifiestamente no es apto para la ejecución de caracteres dramáticos, y en los cómicos tiende á la exageración notablemente.

No sé si sería que estuviere ronco la noche que le escuché; pero es lo cierto que su voz me pareció dura y hasta vidriosa.

Querido Mendoza, esta es mi opinión ingénuo que me es sensible estar en el compromiso de esponer á V.

Segun prometí en mi anterior revista, le dirijo por separado una crítica de los principales cuadros de la Exposición de Bellas Artes, que ha ganado mucho en no ser mia, porque mi hermano que la suscribe tiene muchos mas títulos que yo para tratar tan delicado asunto, y en la pintura se ha ejercitado constantemente.

Y con esto el cielo nos proteja y conserve mi apreciable existencia, que puede V. creerlo, es una de las cosas que existen que mas deseo que existan.

JUAN A. LOREN Y LA HOZ.

### ESPOSICION DE BELLAS ARTES.

No hay nada mas fácil que hacer una mala crítica, ni nada ofrece mas dificultades que criticar bien; pero cuando se trata de juzgar obras de un arte tan delicado como la pintura, los inconvenientes aumentan en grado sumo. Por eso, hoy que creemos oportuno ocuparnos de los cuadros que mas han llamado la atención en la exposición del año sesenta, pensamos emitir nuestro juicio, pero con la reserva y moderación que aconseja la prudencia, y declarando francamente que nos podemos muy bien equivocar. Los artistas mismos, que viven siempre en medio de las mejores producciones de la antigüedad, que tienen el gusto formado y la vista educada á conocer lo bueno, se ven precisados á cada paso á reformar sus juicios, y á reconocer despues de haber visto varias veces un cuadro, bellezas ó defectos que no observaron al principio. Es frecuente encontrar artistas entendidos y competentes, que difieren en el modo de apreciar una pintura; gustarles á unos lo que á otros les desagrade; hallar unos natural y verdadero lo que otros encuentran falso y afectado; pero qué mucho que las opiniones particulares se equivoquen y se hagan ilusiones en materia tan difícil, si hay épocas enteras que se engañan y aprecian á un artista, que otra generación que viene detrás desecha.

A la verdad, el que emite juicios en pintura, está muy lejos de poder decir con la seguridad del matemático: esto es. Atendida esta razón, nosotros que conocemos las dificultades que semejante tarea ofrece, no nos proponemos lo que se llama hacer una crítica, pues para esto no creemos bastante un mes de Exposición; es preciso mas tiempo, y además un trabajo de esta naturaleza, haria necesaria de nuestra parte una detención de estudio, que nuestras circunstancias particulares no nos permiten. Pensamos únicamente hacer una reseña breve de los cuadros que mas han llamado la atención de los que entienden, y aun nos tendremos por muy dichosos si esto lo hacemos con acierto.

Daremos principio por el cuadro del señor Gisbert, pensionado en Roma por el gobierno. Representa este cuadro los gefes de las comunidades, Padilla, Bravo y Maldonado, sufriendo la muerte en el cadalso por defender las liberta-

des castellanas. Encuéntrase en esta obra, una composición sabiamente dispuesta, en la que hay figuras bellas, nobles y de notable espresion. Padilla está retratado con caballeresco y grave continente, tal como le contemplamos en la historia; figura digna y cristiana, cuya tranquilidad nada puede alterar; ni aun el hacha del verdugo. El religioso que está colocado de perfil, atrae tambien la atención por el religioso y poético sentimiento que revela toda la figura; en su semblante están muy bien espresados el interés y profunda piedad que le inspira Padilla, en cuyo rostro tiene fijas sus miradas. Sin embargo, tanto este religioso como los otros, no nos recuerdan completamente esos frailes españoles antiguos, pobres, humildes, llenos de espíritu y con ese sabor católico con que los han retratado en sus cuadros Rivalta, Zurbarán y Alonso Cano. Examinando atentamente el cuadro, se conoce que el señor Gisbert ha estudiado mucho el asunto, y ha hecho esfuerzos por presentarnos la escena del mismo modo que la mente se la imagina al leer la historia; ha logrado mucho á no dudar, pero sentiríamos mas ante su cuadro, si reuniera en todo él un poco mas de gravedad y sencillez en el colorido. Se echa de menos otra entonación mas en armonía, mas conveniente con el asunto.

Aunque sea cierto que los comuneros recibieron vestidos prestados para ir al suplicio, no era esto obstáculo para que los trages con que aparecen en el cuadro, fueran un poco mas modestos, tuviesen unos tonos menos brillantes, mas bajos, que siendo así contribuirían á entonar mejor y no perjudicarían al carácter de la escena. En los frailes, tambien se observa un poco de esto mismo, pues sus hábitos parecen poco usados, y demasiado cuidadosamente arreglados de pliegues; todo lo cual, pone delante el estudio del artista, y separa el pensamiento del solemne y grave suceso que miramos. Las exigencias del gusto moderno y la atmósfera que reina en la escuela actual, contribuyen mucho á que los cuadros de nuestros tiempos estén faltos de esa sencillez que poseyeron muchos maestros antiguos; sencillez que no distrae de lo principal, y que es mas necesaria de lo que generalmente se cree. Todo el cuadro está pintado con facultad; se vé en él que su autor es artista que posee muy buena ejecución. El dibujo es bastante correcto, y si tenemos en cuenta estas circunstancias y el mérito de la composición en general, no podremos menos de reconocer que esta obra es muy digna de aprecio y uno de los mejores cuadros que se han visto en nuestras Exposiciones. Es verdad que tiene defectos de consideración, que hemos indicado con imparcial severidad; pero defectos y no pequeños se observan en los cuadros de los grandes maestros, lo que no impide se haga justicia á sus grandes cualidades.

El precioso cuadro de la muerte del príncipe don Carlos espuesto por este mismo autor en la anterior Exposición, no tendrá quizá los defectos que en el de los comuneros hemos observado; pero es preciso tener en cuenta que este tiene dificultades de un órden muy superior á las de aquel.

El cuadro del señor Casado, tambien pensionado en Roma como el señor Gisbert, es otro de los mas principales que figuran en el salon. Su asunto está contraído á presentar los últimos momentos del rey Fernando IV el Emplazado, momentos en que se aparecen las sombras de los dos hermanos Carvajales, á quien injustamente habia hecho quitar la vida, y que venían á recordarle en aquella hora suprema, el juicio de Dios ante el cual vá á comparecer. Este cuadro tiene mucho que notar y muchas bellezas de que conviene hacerse cargo. La escena está bien pensada. Las dos sombras están delante del rey severas, imponentes, hablándole la una del juicio, en tanto que la otra le muestra el reloj de arena, dándole á entender que el plazo irrevocable está pronto á espirar. El horror y el espanto que las sombras producen en el ánimo del monarca están bien espresados, lo mismo en su actitud que en la alteración de su semblante moribundo.

Es lástima que esta figura, en que como decimos hay mucha espresion, sea poco grandiosa de formas. Mas hermoso carácter de líneas se observa en las de los dos Carvajales, donde el autor hace ver sus conocimientos como dibujante, y donde muestra que sabe copiar bien el desnudo. Las cabezas de estos son de un tipo hermoso, aunque recuerdan un poco los modelos de Roma. Tiene este cuadro armonía de color, y la manera con que está pintado es buena, viéndose algunos paños muy bien hechos, si bien se nota en este punto lo mismo que en el cuadro del señor Gisbert, ese cuidadoso arreglo de pliegues que es una de las exigencias del tiempo.

El señor Haes ha presentado cuatro paisajes, los cuales como todos los de este autor, se atraen los mas entusiastas elogios por su aspecto, en gran manera agradable. Tiene este pintor mucho gusto para elegir sitios pintorescos y de hermoso efecto, pero los cuadros que ha espuesto esta vez, no nos han parecido, especialmente el de Bélgica y el de Andalucía, comparables á otros suyos. Los cielos son un poquito pesados de tono por lo general, y algunos terrenos están tocados de un modo convencional, y no del todo conforme con lo que se observa en el natural.

Nosotros pensamos que es preferible ser verdadero y riguroso imitador de la naturaleza, á tratar de embellecerla y arreglarla agrupando y componiendo, como parece observarse en algunos de los paisajes de este autor. El de la casa de Campo nos parece que puede figurar como bueno en todas partes. Todo el primer término en particular, es admirable. Igualmente en el de efecto de niebla, los lejos son notables, y como entonación nos agrada este cuadro mas que ningun otro de los cuatro que este artista ha espuesto.

El señor Rico es otro paisista, que cada vez lo vá siendo mas, puesto que siempre se notan adelantos en sus obras.

Este pintor pone todo su estudio en sujetarse á copiar el campo, en su sencillez, tal como Dios lo ha hecho, y no podemos menos de aplaudirle tan acertada afición. So-

lamente le quisiéramos mas feliz en escoger los sitios que copia, porque en sus cuadros, se observa generalmente poco gusto en este punto. En el pais señalado con el número 213, se observa la exactitud y detención con que copia el natural, y lo bien que observa sus detalles; pero el efecto que causan los tonos rojos que ha puesto sobre las aguas, y los cuales existen así en el natural, no agradan mucho á la vista, por lo que nos parece debió escoger otro sitio mejor. En cambio el lejos está hecho con exacta precisión, y hay terrenos con mucho jugo de color y muy bien tocados; el otro pais mas pequeño, tambien nos agrada mucho, y se notan en él las mismas buenas cualidades.

(Se concluirá).

### A MOLIÈRE.

¿Quién fuiste tú que con el alma herida  
Cruzaste de este mundo la ancha escena,  
Juzgando siempre con dolor la vida,  
Viéndola siempre de amargas llena?...  
¿Quién fuiste tú que con grandeza suma  
De pie en un siglo que tu esclavo era,  
Mojaste en hiel la prodigiosa pluma  
Que Dios, orgullo de la Francia hiciera?

Miro tu imagen y mi mente evoca  
Grandes recuerdos y mi fé vacila:  
Sonrisa de dolor vaga en tu boca  
Y arde en el lienzo tu tenaz pupila.  
¡Oh! ¡cómo abate al corazón la historia  
De tu génio y amor y escepticismo!...  
Tú despreciaste la mundana gloria  
Cuando digiste: «el alma es un abismo.»

¿Te engañaste tal vez?—¿Ingrato acaso  
Con quien génio inmortal te concediera,  
Fuiste un sistema nada mas, y al paso  
Hollaste así la humanidad entera?

¿Fué capricho quizás, ó al ver alzado  
A Luis catorce en pedestal famoso,  
Envidiando su nombre respetado  
Quitaste al génio un porvenir hermoso?

¿Por qué despues de describir el mundo  
Y el alma humana que sin tino gira,  
Con un acento de piedad profundo  
Diste al orbe los ecos de tu lira?...  
¿Por qué ocultando el rostro macilento  
Viéndote á solas, sin querer brotaba  
El noble llanto que arrancó al talento  
La bienhechora fé que le inspiraba?

¿Sombra que adoro con veraz delirio  
Y que al génio presentas cual modelo!  
¿Sirve la vida de feroz martirio  
A quienes dá su inspiración el cielo?

¿Es el génio tal vez una amargura  
Con palabras brillantes espresada?  
¿Para él la llama del zenit no es pura  
Y es un manto de luto la alborada?...  
—

«No tiene horizonte cierto,  
No tiene esperanza hermosa  
La creencia con que el alma  
Cuando nace se ilusiona.  
Venimos al mundo y presto  
Mirando do quiera pompas,  
El sol que su llama ostenta  
La estrella que rayos brota,  
La fuente que pasa y deja  
Música, al aire, sonora,  
La azucena que levanta  
Su frente blanca y graciosa,  
Tenemos una esperanza  
Tan bella y halagadora  
Que al corazón lo creemos  
Azucena misteriosa!...  
Amor nos dá su primera  
Inspiración seductora;  
La amistad nos favorece  
Con su magnífica antorcha,  
Y la vida con sus sueños  
Nos brinda triunfal corona!

Mas ¡ay! de quien triste fia  
En tanta escena donosa,  
Y sin prevenciones huella  
De aqueste mundo la alfombra.  
Llega un dia... ¡día horrible!  
Maldita y sangrienta hora  
En que nos hiere la punta  
De daga cruel y ominosa.  
Dia que jamás del alma  
Ni se aleja ni se borra  
Y en que súbito marchitas  
Miramos todas las rosas.  
Aquel contemplar el mundo  
Como esfera protectora  
Poblada de nobles almas  
Y de intenciones honrosas;  
Aquel creer que se aman  
Los que dicen que se adoran  
Y que en fraternales lazos  
Reina universal concordia!...

¡Oh! ¡Cuán triste es apartarse  
De playa consoladora!...  
¡Cuán triste mirar la luna

A través de nube torva!...  
 ¡Cómo al corazón desgarrar  
 Mirar la virtud preciosa,  
 En sus sueños engañada  
 Por realidad destructora!...  
 ¡Ay! todo se desvanece  
 Como el rastro de una sombra,  
 Y la sociedad nos muestra  
 Leyes que en sangre rebotan,  
 Y el hombre considerado  
 Como fiera peligrosa!...  
 El hombre que parecía  
 Nacido para paz próspera,  
 Se nos presenta agobiado  
 Por contradicciones locas:  
 Y entonces al ver la tierra  
 Como esfera venturosa,  
 Donde el hombre nada teme  
 Porque es el amor su historia.  
 Al verla solo en su mente  
 Vé en la vida una deshonra!...

Hipócritas los humanos  
 Se obligan con pena honda  
 A vivir, pero en defensa  
 Como fieras recelosas,  
 Cual si do quiera estuviese  
 De vil puñal con la hoja,  
 Cada hombre, con sonrisa  
 Que de estimación blasona.  
 Pero ¡ay! que arrancado el velo  
 Es todo hipócrita glosa:  
 Farsa penetrable y triste  
 De punzadora memoria;  
 Y la amistad que creía  
 La mente, estable y gloriosa  
 Le dá un mentís á las almas  
 Que nunca hubieron zozobra,  
 Y el amor... esa centella  
 Que al espíritu enamora,  
 Nos hace ver tanto ciego  
 Que la pluma en hiel se moja.»

Y el lienzo que animado lanzaba tal quegido  
 De pronto, como en sombras de muerte se envolvió:  
 Y acaso el grande hombre que presentó ceñido  
 De lauros inmortales, en su atahud gimió.  
 Perdona, sombra augusta del celestial poeta,  
 Si quise en pobre rima tu génio interpretar!  
 Yo siento aquí en mi alma fatídica saeta  
 Y puedo comprenderte, porque aprendí á llorar.

¡Oh mundo sin ventura que al genio desnivelas  
 Y en frío escepticismo conviertes su ilusión!...  
 Acaso por hundirlo tan solo te desvelas:  
 Por marchitar las flores que su elocuencia son,  
 Es cierto que venimos con libre fantasía:  
 Con generoso impulso; con ansia divina;  
 Con venas donde hierve la misma poesía:  
 Con frente donde brota la idea sin rival.

Con alma que engalana, con fé que poetiza,  
 Con mente que se finge venturas sin cesar;  
 Y al ver que la esperanza feliz era postiza  
 Un grito alzamos triste, como la voz del mar.  
 Vacía se presenta la universal esfera:  
 Sin rayo el sol brillante; sin luz la Creación:  
 Y el llanto en las pupilas rebosa y reverbera  
 Mientras destila sangre la voz del corazón.

¡Engañ! ¡farsa! ¡cuento! ¡mentira! ¡gran comedia!  
 Tal es la inmensa órbita del misero mortal:  
 Y la verdad terrible do quiera nos asedia  
 De un interés mezquino como razon final.  
 En vez de alzar el hombre su canto al firmamento,  
 A Dios solo recuerda cuando el dolor le hirió:  
 Y en un guarismo torna su libre entendimiento  
 Y en egoista impulso la fé con que nació.

Por eso los gigantes de la existencia humana,  
 Los que una vez sondearon miseria tan cabal,  
 O rieron con la risa de Satanás liviana,  
 O fueron grandes sombras de rastro funeral;  
 O cual Voltaire cedieron á cínica ironía,  
 O como el torvo Dante lloraron al cantar:  
 Quien escribió *El Misántropo*, gimiendo sonreía.  
 Lanzando al pié del mundo su pluma de metal.

Como obras de pasiones, de vivo sentimiento,  
 Como hombre que pintaba ¿qué génio le igualó?  
 Ni Plauto ni Terencio vencieron su talento:  
 La Grecia no lo imita, ni Roma lo eclipsó.  
 ¡Oh monumento insigne de génio y verdad triste,  
 De corazón lozano que el mundo quiso hastiar:  
 Del orbe te alejaste, pero á la vez quisiste  
 En cien generaciones tu nombre cincelar!

Permite que yo lea con alma dolorida  
 Tus obras que revelan profundo sinsabor:  
 Permite ¡oh noble pecho! ¡desventurada vida!  
 Que juzgue el alma humana como tan grande autor,  
 Yo tuve siempre-vivas en mi abrasada frente:  
 Yo tuve siempre-tambien, virginidad:  
 La ola de este mundo se trasformó en torrente,  
 Y he dado un ronco grito que oyó la eternidad!

Madrid agosto 1860.

ANTONIO VINAGERAS.

## LA CAPILLA ESPIATORIA.

POR D. ANTONIO G. DEL CANTO.

(Continuacion).

VI.

Serían las once de la noche en que Blanca creía perdidas para siempre sus esperanzas de amor y felicidad, pues iba á partir para esta quinta donde al día siguiente habria de llamarse duquesa de San Roman, contra su voluntad y la del emperador.

Hallábase en compañía de su tía Ernestina, con quien pasaba la mayor parte del tiempo, y la hermosa no cesaba de sollozar y de lanzar suspiros que hubieran conmovido al corazón mas empedernido.

El conde entró en la habitación donde estaban las dos amigas, y se informó de la salud de su hija con la mayor ternura posible.

Deseoso de averiguar el motivo de sus lágrimas y suspiros, la hizo varias preguntas á que Blanca, á pesar de su juventud, contestó con el mayor aplomo alegando achaques muy naturales.

El conde la dijo que al día siguiente se uniría para siempre al duque, á quien trató de engrandecer á sus ojos; pero viendo que no sacaba de ella sino lágrimas y ninguna respuesta decisiva, lo mismo que de su cuñada, salió de su aposento lleno de mal reprimido enojo.

—Ya lo veis, mi dulce amiga, dijo Blanca á su tía, ya no me queda ninguna esperanza; mañana seré duquesa de San Roman, ó la cólera de mi padre me sepultará en un claustro, donde moriré como una flor arrancada de su tallo en la primera mañana que abre su aromático capullo.

—Valor, hija mía, os ruego por piedad que no os desconsoléis de ese modo. ¿Quién sabe de aquí á mañana el porvenir que nos espera? Por mi parte no le veo por un prisma tan sombrío como vos. ¿No puede Carlos presentarse de un momento á otro? ¿No es fácil que haya sabido crearse una posición tan brillante como la del duque y que sea capaz de satisfacer las miras de vuestro padre? ¿Acaso el monarca no le ama mas que á ninguno de sus cortesanos?

Empeñado en una guerra donde todos los días se presentan ocasiones de alcanzar gloria y honores, ¿quién me asegurará que un jóven como él, lleno de valor, de nobleza y de honrosa ambición, no podrá ser hoy uno de los primeros magnates del imperio y que tal vez venga mañana mismo y alcance de vuestro padre lo que ni las lágrimas de una hija, ni las caricias de una virtuosa esposa han podido conseguir?

—Callad, por Dios, Ernestina. No abrigéis esperanzas que son imposibles de realizar, pues me haceis mucho daño con inspirármelas. Nadie como vos para pintar un bello porvenir. Pero ¡ay Dios! ¿Cuán lejos está de la realidad! ¿Quién sabe donde está ni qué hace Carlos ahora! ¿Por qué no ha escrito? ¡ay de mí! ¿Quién me podrá probar que una lanza enemiga no haya puesto fin á sus días?... ¿Quién me asegurará que alguna hechicera italiana no le tiene preso en sus lazos? Y aun cuando así no fuese, aunque se conservase fiel y volviese hoy mismo cargado de honores y riquezas, se necesita poco para conocer que mi padre jamás dejará de cumplir la palabra que ha prometido al duque. Ya sabeis que tiene en mucho su nobleza y...

—Callad, dijo Ernestina. ¿No oís en la calle los ecos de un laud?

Efectivamente, atentas las dos amigas á las dulces melodías de un laud que preludiaba debajo de su ventana, oyeron sin perder ni una letra la siguiente trova, que Hernán sabia de memoria, y me repitió varias veces:

Dejé la Italia florida,  
 sus hermosas y su cielo  
 buscando ¡ay Dios! un consuelo  
 que calmase mi dolor.

¡Blanca! Pálida azucena,  
 amor dulce de mi alma  
 devuélvele ¡ay Dios! la calma  
 á tu infelice amador.

Si duermes hora, mi vida,  
 cuando yo lloro á tus rejas,  
 despierta y oye las quejas  
 de un amor que tuyo es.

Y si constante á tus votos  
 sientes mi pasión tirana,  
 abre, hermosa, la ventana  
 y me tendrás á tus pies.

Por un impulso de aquellos en que el corazón se apodera de nuestra mente privándola de la facultad de raciocinar, se precipitó Blanca á la ventana y abrióla de par en par.

Pocos momentos bastaron para ver aparecer en ella al protagonista de nuestra historia; pero su adorada no pudiendo resistir á tantas y tan diferentes emociones como se habían ido sucediendo durante aquel día, cayó desmayada en los brazos de su tía.

Ernestina reprendió aunque dulcemente á Carlos, por haber entrado en su cámara en una hora tan avanzada. Le hizo presente el riesgo que corría su vida si por casualidad llegaba á ser sorprendido por el conde, y le suplicó que se marchase. Pero el huérfano que no hubiera renunciado á la dicha de hablar á Blanca, aunque hubiera tenido que luchar con la cólera de todo el universo, hizo presente á Ernestina su resolución de no salir de aquella habitación sin haber tenido la dicha de abrazar á su amada. Alegó los infinitos padecimientos que había sufrido durante su ausencia, y la rogó, por último, que le permitiese hablarla un momento, asegurándola que en seguida partiría.

Ernestina arrastrada por el encanto irresistible de la voz

del huérfano, por el amor que sentía hacia su sobrina y por el deseo de proporcionarles un momento de solaz despues de tantas penalidades, asintió á los deseos de Carlos.

Con el objeto de que no fuesen sorprendidos tomó la precaucion de retirarse á una galería inmediata que comunicaba con la habitación del conde y desde la cual podia ver, aunque sin oír, á los dos amantes.

Su alma inocente y su conciencia pura como la de los ángeles, no se detenía ni podia pensar remotamente en el riesgo que pudiera correr la virtud y el honor de su sobrina tan ardentemente apasionada del hombre con quien iba á quedar á solas por la primera vez de su vida.

Carlos, en cuya fisonomía pálida y hermosa rebosaban los síntomas de un placer celestial, se acercó á Blanca, prodigándola los epítetos mas dulces y amorosos que le inspiraba su pasión.

Mas ¿cuál no sería su sorpresa y confusion, cuando Blanca le rechazó dolorosamente, diciéndole que no podia ser suya jamás!...

Estupefacto con acogida tan inesperada, se quedó algunos momentos contemplando el objeto de su idolatría; pero pasado aquel primer instante de anonadamiento, dió cabida en su pecho á la rabia ponzoñosa de los celos, y rompiendo en gritos de furor, acusó á su querida de infiel, ingrata y valediosa. La manifestó los padecimientos que había sufrido durante su ausencia para poder hacerse algún día digno de aspirar á su mano, y concluyó diciéndola que la dejaba para que fuese feliz con otro mas digno de poseer su corazón, al que él renunciaba desde aquel momento para ir á buscar en las lanzas enemigas ó en la punta de su daga el fin de una existencia que le era horrible y pesada.

Ya se preparaba á bajar por la escala que le había servido para subir á aquella habitación, cuando Blanca que hacia algun tiempo que estaba sosteniendo una lucha desesperada entre arrostrar la cólera de su padre ó el abandono y desprecio de su amor, se decidió á sufrir los castigos mas fieros que le quisiese imponer el primero, antes de ver morir de dolor al hombre que era su bien en el mundo y que tantos sacrificios había arrostrado por ella.

Aquel momento de lucha decidió de la felicidad ó la desgracia de los dos amantes, pues arrojándose Blanca á los pies del huérfano le suplicó con la mayor ternura y arrasados de lágrimas los ojos, la perdonase aquel momento de desvío que había sido causado por el terror que le inspiraba su padre.

Le esplicó en pocas palabras los proyectos de aquel y la desesperacion en que la hubiera sumido su tardanza sino hubiera venido aquella misma noche.

Reconciliados aquellos dos seres que habían nacido el uno para el otro, hablaron con entusiasmo del bello porvenir que les esperaba.

Carlos la participó el título que ocultaba su nombre oscuro, la protección y el cariño de que tantas muestras le había dado el emperador y la confianza que tenia de poder alcanzar su mano por medio de su influencia.

La manifestó tambien las sospechas que tenia de que el duque estuviese enterado, ó tuviese al menos algun antecedente de los autores de su existencia, y la resolución que había tomado de pedirle acerca de esto una esplicacion al día siguiente.

¡Pobre huérfano!... Hasta había tenido momentos en que había cruzado por su mente la idea de deber su existencia al emperador.

Por último, creyó que el único medio de trastornar los proyectos de sus enemigos era que Blanca apelase al arbitrio de la fuga.

La hizo esta proposicion con la mayor buena fé, pues temia que cuando Blanca se viese frente á frente con su padre, no tendría el suficiente valor para negarse á firmar el contrato; pero ella á pesar de su violento amor rechazó como indigna aquella proposicion, y juró morir antes que abandonar la casa paterna.

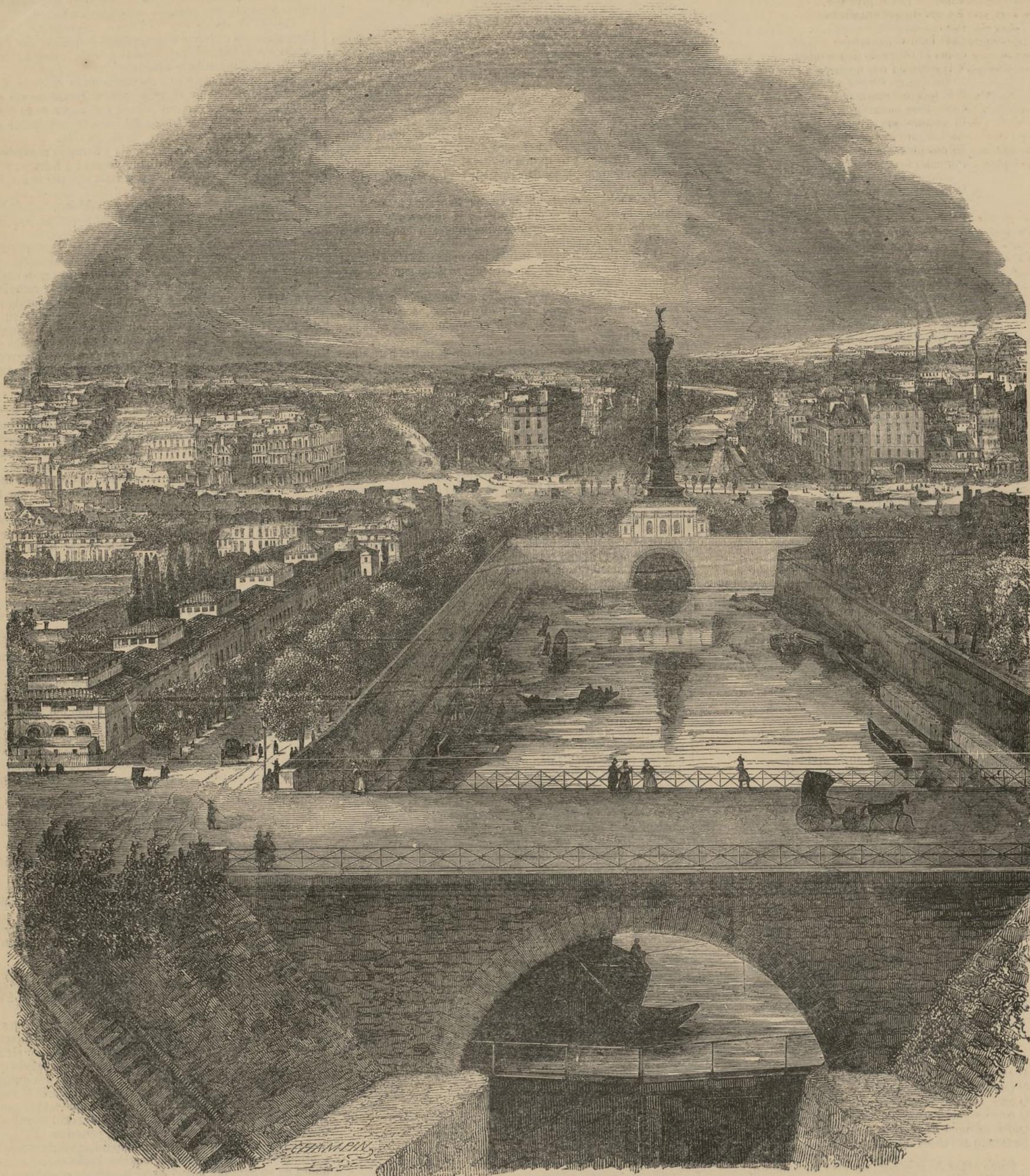
El huérfano ofendido con la respuesta de Blanca, que él atribuía á la frialdad de su amor, volvió á prodigarla los epítetos mas ofensivos, y sacando su daga juró suicidarse á sus pies sino le seguía inmediatamente.

La desgraciada niña que conocía de lo que era capaz el genio arrebatado de su amado, procuró calmar la agitacion y el desvarío de que era presa en aquel instante; pero viendo que no cejaba de su desesperada resolución, le prometió que al día siguiente cuando el duque se presentase en la quinta, le pediría una entrevista, en la cual le manifestaría el amor que la unia á su protegido, amor, añadiría, que solo la muerte podria borrar. Que esperaba de la nobleza del duque que renunciaria generosamente á su mano; pero que si á pesar de una declaracion que tanto debía humillar su amor propio, continuase en la resolución de hacerse dueño de su mano y nunca de su corazón, abandonaria la casa de sus padres y se pondría bajo la protección de un santo monasterio hasta la venida del emperador.

En vista de una resolución tan amante y decisiva, quedó el marqués sumamente satisfecho del afecto que le profesaba su querida, y á los pocos momentos se despidió de ella, no viendo los dos amantes sino un brillante porvenir de placeres y felicidad.

En el momento en que el bravo marqués de la Lealtad montaba su brioso corcel que le esperaba con su criado Hernán á corta distancia de la mansion de Sandoval y que Blanca acababa de cerrar la ventana y de dirigir la última mirada al sitio por donde se había alejado su amante, entró Ernestina precipitadamente, diciéndola que el conde se dirigia hacia aquella habitación; pero Blanca que ya estaba repuesta de sus emociones, máxime habiendo visto partir sin ningun contratiempo á su adorado, recobró su sangre fría y respondió con la mayor impasibilidad á cuantas preguntas la hizo su padre.

El conde se hallaba en su habitación, cuando fué avisado por un criado de que acababa de ver bajar por una ventana de las que daban á la cámara de su cuñada un caballero. Que



CANAL DE SAN MARTIN (PARÍS).

había tratado de seguirle la pista para conocerle y preguntarle á qué había subido; pero que sus buenos deseos habían sido frustrados á causa de que el caballero se había alejado á galope en un caballo con que le esperaba cerca del palacio un criado también montado, y los cuales creían fuesen el huérfano de Sigüenza y su criado Hernán, aunque á decir verdad no estaba muy seguro de ello.

Saltó de furor como un tigre el ambicioso conde al saber tan inesperada noticia, y no titubeó un momento en hacer al atrevido huérfano autor de semejante atentado, pues no creía á nadie tan audaz como á él.

Pero no constándole que hubiese vuelto de Italia, máximo cuando las últimas noticias eran de la llegada del em-

perador á Barcelona, al lado del cual creía al huérfano, conservó alguna esperanza de que sería cualquiera otro el objeto del escalamiento y no lance de amoríos, pues á pesar del odio que tenía á su cuñada, por creer la causa del amor de su hija al huérfano, la hacía la justicia de no imaginar siquiera que pudiera tener algún amante.

Para salir de dudas se dirigió en seguida á la cámara de Ernestina, en la cual suponía que estuviese todavía su hija.

Esperaba, ya por la agitación de Blanca, ó por cualquiera otro medio, sorprender su incauto corazón y alcanzar que le descubriese quién era el infame que se había introducido en su palacio. Pero como la desgracia y mucho más el amor hacen maestros en astucia á los corazones más cándi-

dos, y el de Blanca había sufrido ya tantas pruebas, fué tal su aplomo en esta ocasión, que tanto las súplicas como las amenazas se estrellaron en aquella alma de acero templada en el yunque de los sufrimientos.

El astuto conde que conoció lo impotente que eran sus esfuerzos, tuvo que sufrir muchísimo para no dejar estallar la cólera que hervía en su pecho y arrancar el corazón de una hija, que se atrevía á mancillar su nombre con tanta insolencia; pero constante en su deseo de llevar á cabo su enlace, á pesar del mundo entero, reservó para en caso de que se resistiese á firmar el contrato, tomar de ella una venganza adecuada á su carácter atroz; y arrojándola una mirada de hiena, se retiró á su estancia.

Apenas se vió solo, llamó al criado que le había dado tan infausta noticia, pues si era el huérfano como creía, el que había escalado su palacio, podría fácilmente trastornar todos sus planes.

Apenas se presentó el criado le dijo que si al día siguiente veía aparecer al huérfano en los alrededores de la quinta, le asesinasen sin compasión, pues además de ganar mucho oro, no tendría ninguna responsabilidad.

Después de haber mandado ejecutar tan vil acción, propia solamente de un alma feroz y brutal, salió de su palacio de Madrid para esta quinta, seguido de su familia y la mayor parte de su servidumbre.

## VII.

A las ocho de la noche del día siguiente al en que el conde llegó á esta quinta, se oía en el palacio del duque de San Roman el confuso rumor de voces y algazara unido al continuo choque de vasos y botellas.

Al rededor de una mesa opíparamente servida, pues rodaban en ella con profusión los mas delicados manjares y los vinos mas exquisitos, se hallaban sentadas cinco personas gozando de una funcion de esas que por sí solas son mas que suficientes para pintar el estado de desmoralizacion de una sociedad entera, y á las que con tanta propiedad han dado el nombre de bacanales.

Un ayuda de cámara llamado Sancho, dos pajes barbilampiños, un antiguo lacayo y una morenita pálida de unos veinte años de edad que desempeñaba las funciones de ama de llaves, formaban la brillante y escogida reunion que ocupa nuestra atencion.

Mi santo ministerio es un obstáculo para que os pueda pintar con sus propios colores los dichos obscenos, las alusiones picantes y las chocarrerías que sin cesar vagaban de boca en boca de aquella gente soez y desmoralizada; pero á fin de que podais formaros una idea de lo que era aquella orgía, voy á deciros algunas de las ocurrencias de la turba desenfundada que la componia, y procuraré escoger aquellas frases que menos puedan manchar mis labios y ofender vuestros castos oídos.

—A la salud del Lobo viejo, dijo levantando un vaso el decrepito Sancho.

—Que Dios le dé una buena noche de boda, contestaron los demás criados, y todos apuraron un vaso lleno de Champagne.

—A la verdad, dijo un paje, que no esperaba yo esta mañana pasar una noche tan deliciosa como esta, y echó una mirada significativa á la jóven que tenia á su lado; pero parece que nuestro amo se ha burlado de la promesa que hizo esta mañana al huérfano.

—Al marqués de la Lealtad querrás decir, murmuró Sancho.

—Bueno, llámese marqués, ó bastardo del emperador ó lo que tú quieras. Pero lo cierto es, que el Lobo le ha jugado una partida, como la que dicen que jugó hace algunos años el rey de Francia al emperador.

—Pues esplicate, dijeron todos á la vez menos Sancho.

—Pues bien, ya que el marrullero de Sancho que está tan bien ó mejor enterado que yo, no lo quiere contar...

—¿Acabarás?... gritó la morenita.

—Voy allá, pichona, no te enfades. Pues señor, como iba diciendo, esta mañana al salir yo de la cámara del duque, digo del Lobo, entraba precipitadamente en ella el marqués (que por cierto ignoraba yo que hubiese regresado de Italia), con los ojos centellando de rabia. Oí muchos gritos dentro de la habitacion, de los cuales no pude comprender nada. Como soy algo curioso, ya me había colocado en buena posicion inmediato á la cerradura, para ver y oír á mi placer, cuando veo llegar adonde yo estaba al maldito de Hernán, que Dios confunda, tan despavorido y aun mas pálido que su amo.

Si he de confesar la verdad, como hombre honrado, tuve miedo á aquel avestruz, cuando lo vi acercarse al sitio en que yo estaba. Como no se digna hablar nunca con nosotros, pues se le figura que es algun marqués, como su amo, no me dirigió siquiera una mirada, cuanto mas una palabra, de lo que por entonces me alegré mucho. En fin, como ya no podía lograr mi intento en aquel sitio... pero... dadme de beber que se me seca la garganta.

—Maldita sea tu garganta, condenado, dijo la morena alargándole un vaso de vino.

El paje tomó el vaso y lo apuró de un trago.

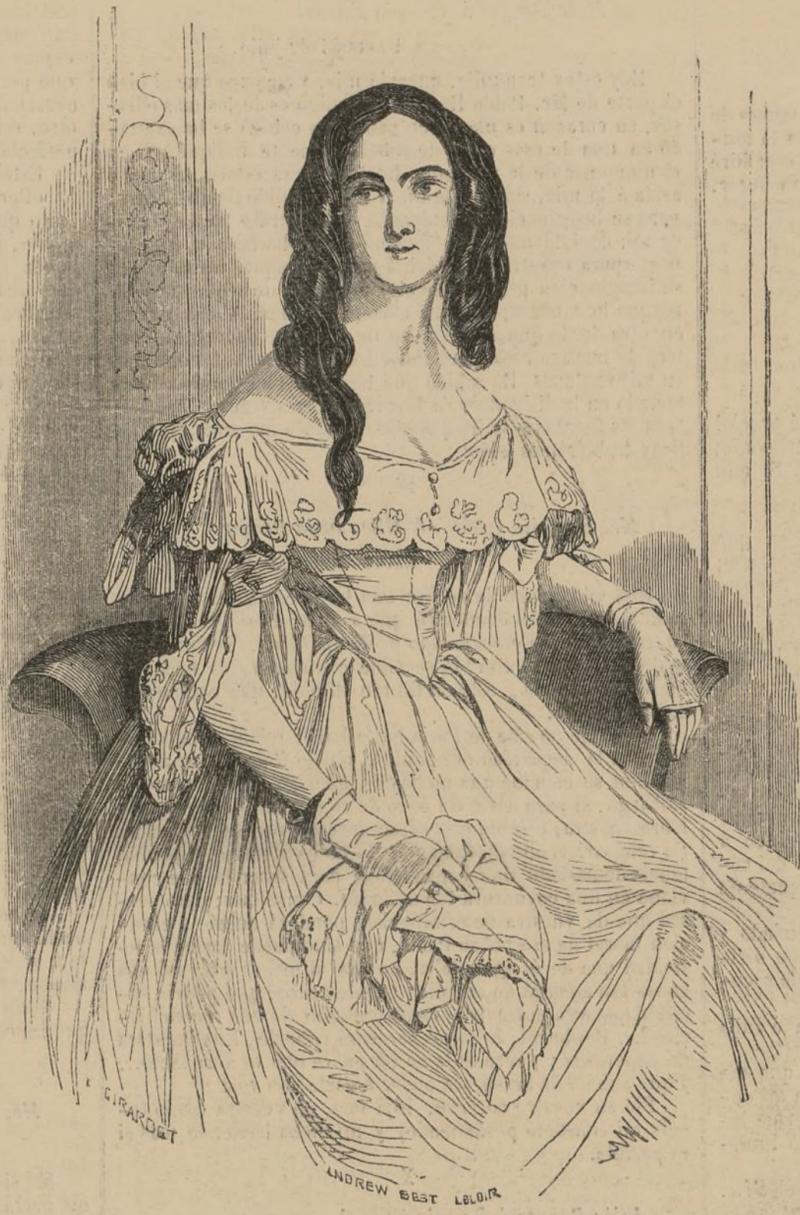
—Ahora es otra cosa, dijo saboreando el vino...

—Sigue, sigue, dijeron todos.

—Pues señor, como os decía, viendo que desde allí ya no podía atisbar nada á causa de Hernán, entré en el gran salon de cuadros y solo pude coger al vuelo estas palabras que llegaron muy confusamente á mi oído:

«Pues bien, yo os empeño mi palabra de duque de no volver á ver á Blanca, ni menos obligarla á que me dé su mano hasta la venida del emperador, á quien someteremos la resolucion de este asunto.»

(Se continuará.)



Julia Berger.

## DOS NEGACIONES EQUIVALEN A UNA AFIRMACION.

## I.

Pablo Hamelin á Eduardo Derode en Forcade.

PARÍS 2 de julio de 1841.

¡Dentro de pocos días, querido Eduardo, queda casado tu amigo Pablo!

Me parece verte soltar la carcajada con tan inesperada revelacion... Búrlate cuanto gustes, amigo mio; recuérdame mis amargas diatribas contra el matrimonio, y los juramentos que hicimos tantas veces de no aumentar jamás la lista de sus víctimas. ¡Cómo ha de ser! yo no he mudado de opinion; pero hago lo contrario de lo que pienso. ¿Seré el primero, cuyas acciones estén en completa oposicion con sus palabras, ó al menos, que no tenga valor para sostener su opinion?

Ya conocerás que mi historia se asemeja á la de muchas novelas y comedias. Escuso decirte si es bonita mi Julia; á tí propio te pareció tan perfecta que cuando te fuiste me recomendabas la vigilancia. He luchado como un héroe; pero he sucumbido, y como los antiguos paladines, para rendir mis armas he preferido el mas peligroso enemigo, el matrimonio... en vez de insultar á la desgracia, di saludando al prisionero: ¡Honor al valor desgraciado!

De veras te digo que me ha sido imposible resistir. No traeré á cuento el vivo desco de mi pobre padre, que estaba acongojado por mis ideas anticonyugales. Esta consideracion, aunque poderosa, no habria bastado para resolverme; ¡pero quiero tanto á Julia!—Lo digo para mi mengua; lo que los deberes y el grito de mi padre no han podido conseguir, se ha realizado por efecto de mi propia pasion, por el deseo egoista de mi felicidad. En vano he invocado contra mi flaqueza el recuerdo de nuestros convenios, y el auxilio de nuestras ardientes repugnancias... aborrezco de veras el matrimonio, pero amo mas á Julia; y está visto que puede mas el cariño de la una que el odio al otro.

Acabo de escribir á mi padre pidiéndole su consentimiento. Dudo que las tareas de su fábrica le permitan asistir á mi enlace, pero estoy tan seguro de su asentimiento, como de que al darlo se colman todos sus deseos.

Una de las cosas que mas me atormentan es la alegría exagerada que noto en Julia.

Y aunque no debiera llamar mi atencion porque nada hay mas natural, me he puesto á pensar y he creído dedu-

cir que lo que la produce es el matrimonio y no el novio.

Dios mio, ¡si será esto cierto!

De este modo ya tengo por seguro que en las primeras cartas que escriba á todas sus amigas será lo principal el imprescindible anuncio de este acontecimiento comenzando invariablemente por la palabra «me caso;» en seguida vendrán los comentarios, y al fin y como por postdata rematará diciendo: «Ahora me falta decirte algo de mi novio» etc., etc.

¿Y fuera lisonjero para mí un sentimiento semejante? Si de veras ama Julia mi persona, debería estar gozosa de mi amor, y este amor le conoce tiempo hace. Luego, ¿á qué viene manifestar alegría cuando ve la certidumbre de una union, que no hará seguramente que yo la ame mas? ¿Será que, como todas las otras, guste mas del matrimonio que del marido?

Esta idea, que me ha atormentado atrozmente, ha dado alguna tibieza á la última conversacion que con ella he tenido. Conozco que es una locura, porque no puedo dudar de la pureza, de la realidad del amor de Julia; pero ¿qué quieres? estoy agitado, tengo calentura... Si estuvieras á mi lado, me parece que no me atreveria á casarme.

## II.

Mr. Hamelin (padre) á Mlle. Julia Berger en París.

SAINT-DIZIER 3 de julio.

¡Cómo daros las gracias, querida hija!... porque de antemano puedo daros este nombre. ¡Qué bello triunfo para vos haber reducido á mi hijo á un partido de que le tenian alejado no sé qué falsas ideas y ridículas terquedades! Os aseguro que me tiene dados muy malos ratos, y convenciéndome á mi hijo me habeis devuelto la vida. Yo os amaba como hija de un buen amigo; pero ahora amaré en vos, á la par, á mi hija y mi ángel tutelar.

## III.

Eduardo Derode á Pablo Hamelin.

FORCADE 14 de julio.

Tú mismo lo has dicho, eres un cobarde.

Por lo demás, ninguna cosa nueva me has dicho. Cuando salí para este pueblo, presagiaba tu caída; para reforzar tu valor, si era tiempo aún, ó para hacer mas patente tu perjurio, te convidé á un banquete, donde solo se admitieron solteros: *solteros*, ¿entiendes?

Eramos seis, enemigos todos del matrimonio, enemigos acérrimos; y cuando indiqué en chanza tu próxima desercion, gritaste «calumnia,» y cuando alegamos en prueba tu pasion por Julia, contestaste: «Si tan violento se hiciera este amor, que me espusiese á faltar á mi palabra, le rompería como rompo este vaso...» y los pedazos del cristal cayeron en la mesa en medio del estrépito de nuestros aplausos. Nuestros juramentos, esos juramentos de que hablas en tu carta, fueron renovados con toda solemnidad, y cuando apareció el champagne, tú fuiste el primero que entonaste un himno en honor de la fiesta. ¿Lo recuerdas? Así empezaba: ¡Libertad querida!

Ahora me dices que has sucumbido. ¿Y bien?

De los convertidos salen los mejores maridos del mundo. ¿Qué puede importarte á tí la libertad, esa santa libertad del célibe?

En cambio, tienes á tu muger, y dentro de un año tendrás un hijo, y despues otro y luego otros, cada uno de los cuales te hará tiritar de placer, hasta un punto que nosotros los profanos ni sabemos ni podemos apreciar.

Pero basta: ya te he dicho que presagiaba tu caída.

Por otra parte, tú harás un buen casado, que es todo lo que yo puedo desearte en el estado crítico en que te encuentras, y al cual te juro no someterme, á menos que la demencia no se apodere antes de mi cabeza.

Interin tiene el gusto de abrazarte, te felicita cordialmente tu amigo.

## IV.

Julia Berger á Pamela Furnel.

16 julio 1841.

Hoy, querida amiga, te pido una enhorabuena: ya ves si la confianza es la que preside á nuestra amistad.

Debes suponer cual sea la causa, mas por si aun no la adivinas, te diré que «me caso» labrando así la felicidad de Pablo y la mia; porque ¿qué dicha mayor para dos voluntades ya unidas por el mas puro amor?

Pablo es de carácter dulce y bueno; solo en punto á matrimonio como creo haberte dicho, se ha mostrado siempre como un rebelde feroz que á duras penas he conseguido amansar. Aun tiene de cuando en cuando arrebatos de insurreccion; pero su amor los reprime.

Aquí cierra hoy su carta Julia Berger, Mme. Hamelin te escribirá mañana, aunque solo sea una palabra, despues de la ceremonia.

## V.

La misma, á la misma.

17 de julio.

No sé cómo puedo escribirte, ni cómo vivo después de la abominable escena que acaba de pasar. Vengo de la municipalidad... la afrenta mas cruel... Ya te lo escribiré todo, querida Pamela; ahora solo tengo fuerzas para llorar.

## VI.

Pablo Hamelin á Eduardo Derode.

SAN GERMAN 17 de julio.

(A las 5 de la tarde.)

¡Tú triunfas, Eduardo; pero gran Dios! ¡á qué precio! He vencido al enemigo, he triunfado del matrimonio; pero he sucumbido en el mismo campo de batalla. Si aun no he exhalado el último suspiro, me falta poco.

Escucha mi drama, que tal parece.

Recibí ayer tu carta, precisamente á la hora en que acabábamos de firmar el contrato. La rasgué de despecho; mas tu fria zumba habia penetrado en mi corazón, depositando la roedora hiel. ¿Necesitaba esta nueva instigación, cuando agitado por mis recuerdos y reflexiones, veía flaquear mi resolución á medida que se acercaba el temido instante? Esta mañana, día fijado para la ceremonia, estaba tan sombrío como mi traje de etiqueta.

A todo el mundo parecia Julia hechicera con el vestido blanco y el velo virginal; empero yo apenas hacia alto. Pensaba en mi cara independencia, en las infinitas delicias de la vida de soltero, en los bienes inestimables que no habia sabido apreciar hasta la hora de perderlos. Al atravesar el vestíbulo de la municipalidad, os veía reír á los cinco á mis espensas, y cuando el *maire* leía los artículos del código, se me reproducía en la imaginación el banquete de los seis.

Hasta entonces, absorbo en mí mismo, habia andado y escuchado magnánimamente. Pero cuando el *maire* me dirigió rotundamente la pregunta sacramental, hube de sacudir mi letargo para oírle y responderle.

—Pablo Hamelin, ¿consentís en tomar por esposa á Julia Berger, aquí presente?...

Iba á consumarse mi destino... la repugnancia que me inspiraba el escándalo de una negación, luchaba en mi corazón con la que me sugería la idea de comprometerme irrevocablemente con una afirmación. Un sudor frio inundaba mi rostro.

Iba á mirar á Julia para tener fuerza para dar el *Si*... cuando de pronto sonó un organillo en la calle, y entonó el himno de: «*Libertad querida!*»

Esta fué una evocación repentina, poderosa, volví la cabeza y contesté: ¡*Nó!*

Lo que ocurrió después de esta escena, no te lo puedo explicar... Ni veía, ni oía nada. Por otra parte, antes de que los concurrentes se recobraran de su primera sorpresa, dí á huir, á huir como un criminal. Eché á andar por la calle, sin saber adonde... pero repuesto por el aire libre, comprendí que necesitaba aislarme, reconcentrarme en mí mismo, y me dirigí al camino de hierro de San German. Tres horas he estado vagando por el bosque, y de vuelta á la fonda he tomado la pluma para escribir.

¡Ay Eduardo! no aplaudas demasiado mi valor, porque tengo desgarrado el corazón... ¡Amo á Julia, la amo mas que antes, y veo que la he perdido para siempre! En adelante nos separará un abismo... el recuerdo de una injuria infame, de una afrenta imperdonable. He destruido el alma, el porvenir quizá de esa pobre muchacha, que no tiene otra falta que la de amarme... ¡Soy un miserable!

Es preciso que salga de París, aunque solo sea para sacudir mis remordimientos: voy á buscaros á Forcade si puedo.

Si puedo... porque ¿tendré valor para alejarme de los sitios donde ella respira? ¡Ella, ¡ay! de quien estoy alejado para siempre!

## VII.

Mr. Dionisio Hamelin á Mlle. Julia Berger.

SAINT-DIZIER 20 de julio.

Anoche supe, hija mia, la horrible escena de la municipalidad, y he sufrido tanto, he llorado tanto, que me ha sido imposible escribiros inmediatamente. Mi hijo es un ser vil y despreciable; no solo os ha faltado del modo mas infame sino que me ha faltado á mí, á su padre, sabiendo bien que esta innoble conducta destruiría mi postrera ilusión y abreviaría mi vida. Desde ahora no tengo hijo, porque la persona á quien doy este nombre es un desdichado insensato ó un detestable parricida.

Pero me quedáis vos, Julia mia, vos á quien me habia acostumbrado á dar el dulce nombre de hija; ese aire de París henchido de recuerdos que envenenarán una herida sangrienta todavía, debe seros nocivo; venid á mi lado, venid en busca del antiguo amigo de vuestro padre. Os invito pues; no solo por vuestro interés, sino que os lo pido en favor por mí. Venid con vuestra madrina si no queréis separaros de ella; ó si os asusta la vida de provincia, decid una palabra y liquidaré mis negocios para á pesar del mal estado de mi salud, acabar mis días al lado vuestro.

¡Oh Dios! ¡yo que esperaba de esta union una felicidad tan grande, tan dulce! ¡Dejadme, Julia, siquiera una parte de ella!

## VIII.

Julia Berger á Pamela Furnel.

PARIS 31 de julio.

Hoy estoy tranquila, querida mia, y conozco que si bien el porte de Mr. Pablo Hamelin conmigo es de los mas odiosos, su corazón es menos culpable. La cabeza se ha exaltado en una de esas crisis de rebelion que te indigné. Si en el momento de la pregunta fatal hubiera estado su mano asida á la mia, solamente un *si* habria salido de sus labios: pero su imaginación desordenada le arrastraba á cien leguas de mí: decididamente su corazón no me ha faltado, algo funesto para nuestro amor debió pasar en aquel instante por su imaginación para que se olvidara hasta de lo que sucedia, porque lo conozco; me ama mas que nunca. Ahora se encuentra desde que amaneca en un gabinete de lectura frente de nuestra casa, para tener constantemente los ojos fijos en mis ventanas. He sabido que tres veces ha tenido asiento tomado en la diligencia de Burdeos, y tres veces le han faltado las fuerzas y se ha quedado. ¡Cuánto me ama, qué felices hubiéramos sido!

## IX.

Mr. Hamelin (padre) á Mlle. Julia Berger.

SAINT-DIZIER 4 de agosto.

Hija mia, acabo de recibir una larga carta del desventurado Pablo. No os encubriré que á pesar de mi justo enojo contra él, me ha enternecido profundamente. Se arrepiente de su conducta con tan sensible contrición, os hace tan merecida justicia, está en fin tan afligido, que comienza á darme lástima.

Dice que no sale de París hasta haber recibido de vuestra boca la seguridad del perdón, objeto único de su anhelo. Bien se concibe que no hayais querido verle; pero sin embargo, si para darle un poco de reposo, bastara una palabra vuestra, palabra que acaso merece por su espación, ¿la rehusaríais obstinadamente? Yo no os aconsejo, hija mia; tenéis demasiado tino y prudencia para saber lo que conviene en una coyuntura tan delicada. Consultaos; pero pensad que de vuestra determinación penderá quizá la curación moral de ese pobre Pablo, que sino puede darme la felicidad que de él aguardaba, no sea al menos para mí una causa tan amarga de aflicción. ¿Quién sabe? ¿no podría suceder que esta entrevista fuese preludio de una reconciliación?... Perdonad, Julia, os parecerá ridícula, intempestiva mi esperanza; ¡pero es la de un padre que os ama tanto... y que anhela de tal suerte poder amarle con vos!

Fío en vuestro corazón, hija mia, en vuestra mano tenéis mi consuelo perdonando, y mi dicha haciendo mas si es posible.

## X.

Julia Berger á Pamela Furnel.

PARIS 8 de agosto.

¡Qué corazón tan noble tiene Pablo! ¡y cómo revelan sus mismos defectos, prendas, que mal aplicadas le han conducido á la mas grave falta, pero que bien dirigidas harían dichosa á una muger! Para ser un excelente marido no le falta sino decidirse á serlo.

Ya está claro para mí que ha sido impelido á esta inconcebible negativa por un exceso de lealtad y franqueza. Locos pensamientos le han inspirado miedo al matrimonio, miedo que no sabe sacudir. Me ama, estoy segura de que me ama con todo su corazón: sin mí será su vida miserable y desolada; pero por efecto del hábito esa palabra *casamiento* le dá miedo, y no ha querido entregarme un corazón donde yo reino, porque subsiste aun una duda en su imaginación. Sino hubiese necesidad de matrimonio viviría á mi lado como el marido mas tierno; pero el matrimonio existe y fuerza es que se sujete á él, si mi cariño lo es todo en su existencia como mil y mil veces me ha repetido.

¿Pero qué digo? ¡Triste de mí! ni aun imaginarlo debiera, ¿sería posible ya la realización de este proyecto una vez roto por la imprudencia de Pablo?... Ya se ve que es posible; pero la dificultad está en emprenderlo... Como contigo soy franca, te confieso que no es la voluntad lo que me falta, y que si Pablo me dijese hoy: «olvidad lo pasado: perdonadme mis faltas y permitidme que las repare,» por amistad á su padre, por cariño á él quizá, me dejaría conducir de nuevo á la presencia del magistrado. Pero esto no ha llegado, y por las razones que apunté al principio de esta carta, Pablo que no puede hallar la felicidad sino casándose conmigo, no está aun reconciliado, ni acaso lo estará tan pronto con la idea del matrimonio. Es una cosa rara; pero es así. Sus cartas son tan expansivas, tan amantes como puedo apetecer; pero ni se explica categóricamente, ni propone nada... ya ves si es peliaguda mi situación, querer hacer y no poder. Meditaremos... ¡Me alegraría tanto hacer un favor á ese buen Mr. Hamelin!

## XI.

La misma á la misma.

PARIS 15 de agosto.

Hay dado un gran paso que me tiene aun aturdida.

Mr. Hamelin (el padre) siempre ingenioso para conseguir la reconciliación que desea, habia encargado á su hijo que me entregase en persona una carta de Saint-Dizier. Era con objeto de proporcionar á Pablo un pretexto para el paso á que el pobre jóven no se atrevía. Háseme presentado temblando en ausencia ó con complicidad de mi criada, y me ha entregado la carta de su padre.

«Señora, ha dicho, vuestro silencio y desdenes son un corto castigo de mi abominable falta. Empero, ¿será eterno

el castigo? ¿jamás le desarmará el arrepentimiento? No era yo digno de ser marido vuestro; pero prescindiendo del matrimonio y del amor, ¿no puede haber amistad? De que con razón ó sin ella no me haya atrevido á asociaros como esposa á un hombre prevenido contra el matrimonio, y de que por esto haya renunciado á vuestro amor, ¿resulta necesariamente, que debamos estar siempre apartados uno de otro, reñidos, cuando nuestros caracteres simpatizan tan perfectamente?»

Estaba yo conmovida y bajé los ojos. Él continuó:

«Perdonadme, Julia, y dadme permiso para visitaros. En tanto que mi conciencia no se reconcilie con el matrimonio, juro que no saldrá de mi boca una palabra que no pueda oír una hermana de su hermano... ¿Lo dudáis? El que amándoos, como yo os amaba, ha tenido la fuerza de sacrificar su amor á escrúpulos exagerados, ridículos si se quiere, ¿no la tendrá, sino para vencerle, al menos para contener su explosión? permitidme, Julia, permitidme por Dios que os vea alguna vez. Negaros, fuera volverme á la horrible existencia que he tenido en estos últimos veinte y ocho días, y de que creo haber salido desde que estoy á vuestro lado... Julia, Julia, aguardo vuestra respuesta.»

¿Qué habia de hacer, cuando mi corazón me gritaba *perdon*, cuando tenia aun abierta en la mano la suplicante carta de Mr. Hamelin? Ceder lo resistía mi amor propio, rehusar repugnaba á mi amor; era necesaria una capitulación... y una idea singular me la sugirió.

—Señor, dije á Pablo, después de lo ocurrido me es imposible conservar la menor relación con vos. He recibido una afrenta, y mientras no se borre...

—Mi arrepentimiento, mis excusas...

—No basta. Me habeis ultrajado indignamente contestando no delante del *maire* y los testigos. Quiero una posición igual. Volvamos otra vez: vos responderéis *si* y yo públicamente delante del mismo magistrado y de los mismos testigos daré un *no* redondo. Entonces la afrenta será recíproca, la venganza igual á la injuria, y como suelen decir los hombres, quedará satisfecho el honor. Después podremos vernos segun consientan nuestras relaciones de familia: y puesto que ya no pende de nosotros ser esposos, nada impedirá que seamos buenos amigos.

Ya conoces, querida mia, que esta proposición, aunque hecha en tono serio, era rara, y por lo mismo prestándose á lo burlesco me sonreí. Pablo la aceptó también, sonriendo, y el trato quedó hecho delante de mi madrina.

Dentro de tres días se verificará esta comedia, á menos que las cosas varíen, lo cual no creo probable.

## XII.

Mr. Hamelin (padre) á Mlle. Julia.

SAINT-DIZIER 17 de agosto.

Me siento en muy mal estado de salud, hija mia, y esto me priva del gusto de verte, porque ahora mas que nunca desearia estar á tu lado. Se trata, mi buena Julia, de vuestro porvenir, de vuestra felicidad y de mi felicidad también; ¿por qué he de negártelo? ¿no lo sabes ya?

Por esto te suplico que medites bien tu proceder.

Que tu amor propio ofendido aunque con razón, te deje atender también á tu entrañable cariño.

Si algo puede contigo el ruego de este anciano, no desoigas la voz de tu corazón cuando mi hijo te se presente.

En tu mano está concederme la felicidad. Con esta y un poco de reposo se restablecerá mi salud... Adios.

## XIII.

Pablo Hamelin á Eduardo Derode.

No sé si estoy soñando ó despierto. Me parece que sueño.

Te dije en mi última el singular convenio hecho con Julia: ayer era el día fijado, y me encaminé á su casa, decidido á representar mi papel, si era serio hasta el fin, ó para continuar la chanza. La cosa iba seria.

Tenia Julia el mismo vestido blanco y el velo de desposada... ¡Qué hermosa estaba, amigo mio! mil veces mas hermosa que el primer día.

Echamos á andar: el *maire* leyó los artículos y me hizo la pregunta consabida, á que contesté *si* con la sonrisa en los labios. Cuando preguntó á Julia, el corazón me latió con violencia... miraba con enamorados ojos á mi linda compañera, y el *no* preparado de antemano daba á mi entender á aquel vano simulacro la apariencia de una especie de blasfemia y culpable sacrilegio.

Julia estaba vivamente conmovida, y el *maire* hubo de repetir la interrogación: alzó la cabeza Julia, y respondió con voz firme: «*Si*.»

Estábamos casados.

Decirte lo que pasó entonces, fuera empresa muy superior á mis fuerzas: un movimiento de Julia para alargarme un papel me hizo volver en mí: era una carta de mi padre; una carta que acababa de recibir, y que la habia decidido á cambiar un artículo de nuestro programa por salvar al enfermo.

Inquieta aguardaba Julia el instante de leer una impresión en mis miradas... Derramé una lágrima y apreté su mano... Mi muger estaba divina.

Dentro de un cuarto de hora nos ponemos en camino para casa de mi padre. Luego que nos estreche en sus brazos, estará curado.

En cuanto á vosotros, camaradas, no podeis quejaros de mí, porque si me he casado, no ha sido por culpa mia. Me han hecho esposo por sorpresa, y en lo único que falto á mis pactos con vosotros es en estar muy contento.

No he faltado al celibato; el celibato es el que no me ha querido por mas tiempo.

¡Héme, pues, casado! Compadéceme, amigo mio, compadéceme... ¡soy el mas venturoso de los hombres!

HERNANI.

Aquí en el alma y para tí grabado  
Tengo un recuerdo de inmortal ventura,  
Tan bello como un astro reflejado  
De una mar apacible en la llanura.  
Cuando en esfera azul la luna errante  
Vela su disco y el torrente gime,  
Ese recuerdo se despierta amante;  
¡Todo se ostenta para mí sublime!

Descuella Hernani en horizonte hermoso.  
Con su agreste arbolado y su belleza:  
Y miro un ángel bajo el sol radioso  
Que inspira siempre al corazón grandeza.  
Y ese recuerdo por do quier me guía,  
Y me sirve de estímulo y beleño:  
Tal vez será el amor quien me lo envía:  
Tal vez, ¡oh Hernani! la ilusión de un sueño.

París 1860 PEDRO ALEJANDRO BOISSIER.

AMOR Y OLVIDO.

(BALADA.)

A P...

I.

Yo la amo cada vez mas, y pienso en ella noche y dia,  
y mi pobre cabeza se fatiga porque todos los momentos de  
mi vida son suyos; y la idea de ser amado por ella, llena mi  
alma de una felicidad tan grande que temo por mi razon.  
El amor cuando es grande, y verdadero y profundo,  
pide consejo á la meditacion, habla con el éxtasis, se es-  
presa por el silencio, se concentra en el sagrario del alma,  
y no sube nunca á los labios.  
La palabra no tiene espresion para traducir las plácidas  
serenatas y los himnos entusiastas de la pasion.  
Y por ésto yo sufría en silencio.

II.

¡Gracias, Dios mio! por haber hecho una criatura tan  
hermosa!  
Ella es el ideal soñado por la calenturienta imagina-  
cion de los poetas.  
Y yo esperaba tu aparicion divina, así como se espera  
la salida del arco iris despues de la tempestad.—Yo te pre-  
sentia como se presiente el olor de los limoneros y los na-  
ranjos de los oasis del desierto.  
Mi clamor ha llegado hasta tí, y has debido oír la mú-  
sica sencilla de mis poesías, porque tú has nacido como las  
rosas que se abren con los suspiros y el llanto de la natu-  
raleza.

III.

Algunas veces la idea de tu muerte viene á emponzoñar  
por un momento mi alma.  
Pero nó: tú vivirás para alumbrar mis horizontes y po-  
der arrojar flores en mi camino; vivirás para que yo viva,  
para que beba la inspiracion en tus ojos, para que cante el  
poema de tu hermosura.  
Vivirás para la felicidad de mis dias, para inspirar mi  
entusiasmo, para fortificar mi pensamiento, para cantar  
conmigo el amor de Dios, de la patria, de la libertad...  
¿Y hay quien pueda vivir sin amar?  
Creo que no: ¡gracias, Dios mio, por haberme dotado de  
ese poder infinito de amar, que forma mi sér y que com-  
pone mi naturaleza!  
No creais á los que dicen que no se puede amar dos ve-  
ces: ¡no los creais! Porque ellos no han visto sino un rayo  
del sol espléndido.  
Se puede amar por toda la vida y mas allá de la tumba;  
y la eternidad se cansa midiendo la duracion de esta pasio.  
No quiero hablaros de esos amores, que á sí mismos se  
engañan en el nombre; de esos amores vulgares y de con-  
veniencias: no. Quiero hablar únicamente del amor que  
existe, como existe un solo Dios, una sola idea, una sola  
música.  
Del amor que mantiene al mundo; del amor que ocupa  
una vida entera, que está en las entrañas y llena el alma y  
el corazón.  
Del amor que corre en nuestras venas, como una sávia  
de entusiasmo; del amor que amamanta á los héroes y á los  
artistas; del amor que escribe los poemas inmortales; del  
amor que dá rasgos magníficos y generosos.  
Que nos acaricia con los sufrimientos mas dulces, con  
la dicha mas inaudita.  
Que nos exalta con la relacion de los grandes hechos,  
que nos eleva. Que nos sublima por el heroísmo, que nos  
llena de creencias y hace correr las lágrimas.  
Quiero hablaros del amor de los amores, que no conocen  
los corazones mezquinos: ¡del amor que yo profeso á María!...

IV.

¡Pero tendrá esta muger todos los encantos con que la  
adorna mi fantasía?  
Sí; porque es mas verdadera que mi ensueño, mas dulce  
que mi pasion, mas tierna que el culto con que la rodea mi

corazon, mas encantadora que la intuicion de mi alma, mas  
misteriosa y tierna que las lágrimas que vierten mis ojos  
cuando la nombro.  
La muger, misteriosa, incomprendible, es la palabra, del  
Universo, la razon de ser de todo, el alma de lo bello, el co-  
razon de todo lo que es bueno, el manantial límpido de todo  
lo que es felicidad.

Flor delicada y preciosa, es la muger la reina del mun-  
do, el amor de nuestros corazones, la causa de nuestras  
alegrías, la vision de nuestra esperanza, la luz de nuestros  
ojos, el incienso de nuestro culto, la palabra de nuestros  
himnos, la revelacion del Eterno, la oracion de nuestros  
labios, el sol de nuestra cuna, el suspiro de nuestros sus-  
piros.

¡La muger! ella es la poesía viviente, el sentimiento  
embellecido, la hermosura por excelencia, la caridad arro-  
dillada, el amor en su traduccion mas brillante, el ángel de  
nuestra redencion!

¡Esta eres tu, María!  
¿Por qué te amaré yo tanto? ¿por qué aun despues de  
haber tenido la suprema felicidad de escuchar de tus labios  
una palabra de esperanza, hé dudado?

¡No! la muger amante y apasionada no puede engañar:  
es impío sospechar de una muger que nos confiesa su amor,  
que nos sonríe tiernamente, que nos acaricia en su mira-  
da, que nos ha dicho ¡yo te amo!

No hay mas que una felicidad; la de amar y ser amado.  
Y Dios es todo amor, y la gloria está escrita en su nombre,  
y el infierno ha sido inventado para los que no aman, y el  
amor es el soberano del mundo, porque la muerte no  
puede vencerlo.

V.

Cuando dos amantes se separan, se dan la mano, y llo-  
ran y suspiran largo tiempo.  
Nosotros no hemos llorado, ni suspirado: las lágrimas  
y los suspiros llegaron tarde.

Mis cantos están envenenados, porque tú has derrama-  
do el veneno sobre la flor de mi vida; porque tú has arran-  
cado una á una las hojas de mis ilusiones.

VI.

Despues he soñado como otras veces.  
He soñado en aquellas noches tranquilas y apacibles del  
estío, silenciosas como la inmensidad, y en las que solo se  
apercibía el monótono ruido del mar, esa voz de Dios.

Y te veía, y sonreías dejando ver tus dientes blancos  
como el márfil pulimentado. El sonido de tu voz infiltraba  
en mi alma mas dulce que el éco de las melodías.

Tú me hablabas de amor; el viento llevaba tus palabras  
y tus quejas, y tus juramentos.  
Así se pasaban las horas, en el silencio profundo de la  
naturaleza.

Luego enlazabas tus manos con mis manos, y así nos  
contemplábamos largo rato, porque nuestros ojos hablaban  
por nuestra boca, y eran el reflejo del amor de nuestras  
almas.

¿Te acuerdas?  
¿O quizá al abandonarme has olvidado tambien tus jura-  
mentos de amor?...

VII.

El viento de otoño arranca de los árboles las hojas mar-  
chitas.  
Es una noche fria y tempestuosa, y sin embargo, yo ca-  
mino hácia tu morada como otras veces: yo te veo rodeada  
de luz y de esplendor; ¡en torno tuyo reina la alegría y la di-  
cha! tú eres feliz, aun despues de haberme olvidado.

Al verte tan hermosa, al sentir sobre mis ojos el fuego  
de los tuyos, al aspirar el aroma de tus cabellos rizados, al  
oír la melodiosa armonía de tu voz, me precipito á tu pies,  
ébrio de amor, y una voz desconsoladora que el viento de  
otoño me dice al oído: «¿Adónde vas, loco, con tu sueño in-  
sensato! ¿Olvidaste que es de otro el corazón de esa mug-  
ger?...

JAVIER DE PALACIO.

EL AMBICIOSO POR AMOR.

TRADUCCION DEL FRANCÉS.

(Continuacion.)

Aunque devorado por la ansiedad, Rodolfo no se atrevió  
á pedir permiso para ver á la princesa, y se volvió lenta-  
mente á las Aguas-vivas preocupado con la *soirée* que le  
esperaba. En pocas horas su amor por inmenso que fuese  
ya, se habia engrandecido por sus ansiedades y por lo que  
esperaba de los sucesos. Entonces comprendió Rodolfo la  
necesidad de hacerse ilustre para encontrarse, socialmente  
hablando, á la altura de su ídolo. Francesca se presentaba  
muy grande á sus ojos por el abandono y la sencillez de su  
vida en Gersau. El aire naturalmente altivo de la princesa  
Colonna hacia temblar á Rodolfo; suponía que tendria por  
enemigos al padre y á la madre de Francesca, por lo menos,  
él debia creerlo así; y el misterio que tanto le habia reco-  
mendado la princesa Gandolphini, le pareció entonces una  
admirable prueba de ternura. No queriendo aventurar lo  
porvenir. ¿no daba á entender Francesca cuánto amaba á  
Rodolfo? Dieron, en fin, las nueve y Rodolfo pudo subir á

un coche y decir con una emocion fácil de comprender:—¡A  
la casa Jean-renaud, casa del príncipe Gandolphini! Entró  
por último en el salon lleno de distinguidos extranjeros,  
quedando detenido en un grupo cerca de la puerta, porque  
en aquel momento se cantaba un duo de Rossini; al cabo  
pudo ver á Francesca, pero sin ser visto por ella. La prin-  
cesa estaba de pié á dos pasos del piano. Sus admirables ca-  
bellos, tan abundantes y tan largos, estaban sujetos por un  
círculo de oro; su gracioso cuerpo iluminado por las bugías,  
resplandecía con la blancura peculiar de las italianas que  
no ostentan todo su brillo sino en medio de las luces; estaba  
vestida con un traje de baile, dejando admirar sus espaldas  
magníficas y deslumbradoras; su talle de niña y sus brazos  
de estátua griega hacian que su belleza sublime reinase allí  
sin rivalidad posible, aunque habia en el salon inglesas y  
rusas encantadoras, las mugeres mas lindas de Génova y  
otras italianas, entre las cuales brillaba la ilustre princesa  
de Varése y la Tinti, famosa cantatriz, que en aquel mo-  
mento tomaba parte en el duo. Rodolfo, apoyado contra el  
dintel de la puerta, lanzó sobre la princesa esa mirada fi-  
ja, persistente, atractiva y cargada de toda la voluntad hu-  
mana concentrada en ese sentimiento llamado deseo, que  
toma á veces el carácter de un violento mandato. ¿Atrajo á  
Francesca el fuego de aquella mirada? ¿Aguardaba ella de  
un momento á otro ver á Rodolfo? Al cabo de algunos mi-  
nutos, deslizó una mirada hácia la puerta como atraída por  
aquella corriente de amor, y sus ojos, sin vacilar, se con-  
fundieron en los ojos de Rodolfo. Un ligero estremecimiento  
agitó aquel rostro divino y aquel hermoso cuerpo: ¡obraba  
la sacudida del alma! Francesca se ruborizó; Rodolfo espe-  
rimentó una nueva vida en aquel cambio tan rápido, que  
solo puede ser comparado al brillo fugaz de un relámpago.  
¿A qué comparar su dicha? ¡Era amado! La sublime prin-  
cesa confirmaba en medio del mundo, en la bella casa Jean-  
renaud, la palabra dada por la pobre desterrada, por la ca-  
prichosa jóven de la casa Bergmann. ¡La embriaguez de  
semejante momento esclaviza para toda la vida! Una fria  
sonrisa, elegante y astuta, cándida y triunfadora agitó los  
labios de la princesa Gandolphini, y en un momento en que  
no se creyó observada, miró á Rodolfo como pidiéndole per-  
don por haberle engañado en su gerarquía. Terminada la  
pieza de canto, pudo Rodolfo llegar hasta donde estaba el  
príncipe, el cual lo condujo graciosamente á su muger. Ro-  
dolfo usó de las ceremonias de una presentacion oficial con  
la princesa y el príncipe Colonna y Francesca, la cual fué  
á tomar parte en el famoso cuarteto de *Mi manca la voce*  
con la Tinti, Genovése, el famoso tenor y un célebre prin-  
cipe italiano, desterrado entonces, por cuya voz, á no ser  
príncipe por su nobleza, lo hubiera sido del arte.—Sentaos,  
dijo Francesca á Rodolfo señalándole su propia silla. *Oimé!*  
creo que hay un error de nombre; soy, desde hace un mo-  
mento, princesa Rodolphini.

Fué dicho esto con una gracia, un encanto, una sencil-  
lez que hacia recordar con esta confesion, oculta bajo una  
chanza, los dichosos dias de Gersau. Rodolfo espermentó  
la deliciosa sensacion de escuchar la voz de una muger  
adorada, y de hallarse tan cerca de ella, que una de sus  
megillas casi rozaba con la tela del vestido y con la gasa  
de las mangas. Pero al llegar á *Mi manca la voce*, en  
aquel cuarteto ejecutado por las voces mas bellas de Italia,  
fácil es comprender que las lágrimas vinieron á humedecer  
los párpados de Rodolfo.

En amor, como en cualquiera otra cosa, hay ciertos he-  
chos pequeños en sí mismos; pero el resultado de mil pe-  
queñas circunstancias anteriores, los hace inmensos rea-  
sumiendo lo pasado y descubriendo lo porvenir. Aun cono-  
ciendo el valor de la persona amada, la cosa mas pequeña,  
el perfecto contacto de las almas unidas por una palabra,  
por una prueba de amor inesperada, lleva el sentimiento á  
su mas alto grado. Para representar este hecho moral con  
una imagen que, desde la primera edad del mundo ha te-  
nido el éxito mas incontestable, figurémosnos que en una  
larga cadena hay puntos de union necesarios; donde la  
cohesion es mas íntima que en sus guirnaldas de anillos.  
Este reconocimiento entre Rodolfo y Francesca, durante  
aquella *soirée* á la faz del mundo, fué uno de esos puntos  
supremos que atan lo porvenir á lo pasado, y que mas ade-  
lante elevan el corazón á las afecciones reales. Quizás es  
uno de esos clavos esparcidos de que Bossuet ha hablado  
comparándolos á la rareza de los momentos dichosos de  
nuestra existencia, que hace sentir tan viva y secretamen-  
te el amor.

Despues del placer de admirar uno mismo á la muger  
amada, sigue el de verla admirada por los demás: Rodol-  
fo tuvo entonces los dos placeres á la vez. El amor es un  
tesoro de recuerdos, y aunque estuviese ya completo el de  
Rodolfo, pudo añadirle las perlas mas preciosas: sonrisas  
dirigidas para él solo, miradas furtivas y ciertas inflexiones  
en el canto, que hicieron palidecer de celos á la Tinti por  
lo mucho que fueron aplaudidas. Además, todo el poder de  
su deseo, aquella forma especial de su alma, vino á apode-  
rarse de la bella romana, y fué el principio y el fin de to-  
dos sus pensamientos y de todas sus acciones. Rodolfo amó  
como todas las mugeres pueden soñar de ser amadas, con  
una fuerza, una constancia, una cohesion que hacia de  
Francesca la sustancia misma de su corazón: la sintió  
mezclada á su sangre como una sangre mas pura; á su alma  
como un alma mas perfecta; ella iba á estar bajo los meno-  
res esfuerzos de su vida, como la dorada arena del Medi-  
terráneo debajo de las olas: la menor aspiracion de Rodol-  
fo era, en fin, una activa esperanza.

VII.

Al cabo de algunos dias, Francesca reconoció aquel in-  
menso amor, y como era tan natural y bien sentido no se  
admiró al comprenderlo: ella era digna de él.—¿Qué tiene  
de sorprendente? decía á Rodolfo paseándose con él por las

calles de su jardín, después de haber sorprendido uno de esos movimientos de fatuidad tan común en los franceses para expresar sus sentimientos, ¿qué tiene de maravilloso que ameis á una muger jóven y bella, bastante artista para poder ganar su vida como la Tinti, y que pueda dar algunos gozos á la vanidad? Decidme, ¿qué ganapan no se convierte entonces en un Amadis? Entre nosotros la cuestión es amarnos con constancia, con persistencia viviendo separados durante algunos años, sin otro placer que el de la convicción íntima de nuestro mútuo cariño. —¡Ay! dijo Rodolfo, ¿qué mérito hallaréis en mi fidelidad viéndome ocupado constantemente en los trabajos de una ambición devoradora? ¿Creeis que yo consentiría en que cambiaseis un día el bello nombre de princesa Gandolphini, por el de un hombre oscuro? Quiero pertenecer á las notabilidades de mi patria, quiero ser rico y grande para que podáis estar orgullosa de mi nombre como de vuestro nombre, Colonna. —Confieso que me disgustaría mucho no hallar esos sentimientos en vuestro corazón, contestó ella con una encantadora sonrisa. Pero no os consumáis en los trabajos de la ambición, conservaos jóven... Dicen que la política hace envejecer mucho á los hombres. Lo que es más raro en las mugeres es esa alegría que jamás altera la ternura, y esa mezcla de sentimiento profundo y de locura, propia de la juventud, que añadía en aquel momento adorables atractivos á los atractivos de Francesca. La clave de ese carácter, consiste en que ríe y se entenece; se exalta y se vuelve fría y burlona con un abandono, una facilidad, que la hacen la muger más deliciosa y encantadora de Italia. Ella sabe ocultar bajo las gracias de muger una instrucción profunda, debida á la vida excesivamente monótona y casi monacal que ha llevado en el antiguo castillo de Colonna. Esta rica heredera fué destinada al claustro, siendo la cuarta hija de los príncipes Colonna; pero la muerte de sus dos hermanos y de la hermana primogénita, la sacó súbitamente de su retiro para hacer de ella uno de los mejores partidos de los Estados Romanos. Habiendo sido prometida su hermana al príncipe Gandolphini, uno de los propietarios más ricos de Sicilia, Francesca le fué otorgada, á fin de que no cambiasen en nada los negocios de familia. Los Colonna y los Gandolphini siempre habían sido aliados. Desde los nueve á los diez y seis años Francesca, dirigida por un *monsignore* de la familia, había leído toda la biblioteca de los Colonna para calmar su ardiente fantasía y estudió las ciencias, las artes y las letras. Así es como ella tomó por medio del estudio ese gusto de independencia y amor á las ideas liberales que la arrojó, así como á su marido, al foco de la revolución. Rodolfo ignoraba que Francesca además de poseer cinco lenguas vivas, supiese el griego, el latín y el hebreo. Esa encantadora criatura había comprendido admirablemente que una de las primeras condiciones de la instrucción en una muger, es tenerla profundamente oculta.

Rodolfo se detuvo en Génova todo el invierno, que le pareció un solo día. Cuando vino la primavera, á pesar de los esquisitos gozos que presta la sociedad de una muger de talento prodigiosamente instruida, jóven y alegre; aquel enamorado experimentó crueles sufrimientos soportados sin embargo con valor; pero á veces aparecieron en su fisonomía y se descubrieron en sus maneras y en sus palabras quizás, porque no creyó que sus sentimientos fuesen enteramente correspondidos. Otras veces se irritaba admirando la calma de Francesca, que semejante á los ingleses, parecía poner su amor propio en que su rostro no espresase lo que sentía su corazón, luchando así la serenidad con el sentimiento. Rodolfo hubiera querido verla agitada, y la acusaba de indiferencia porque creía en la pre-ocupación que las mugeres italianas tienen una movilidad febril. —¡Yo soy romana! le respondió gravemente Francesca un día en que tomó por lo serio algunas bromas que Rodolfo le dió sobre este motivo. —Tuvo el tono de esta respuesta una profundidad tal, que le dió la apariencia de una salvaje ironía, haciendo estremecer á Rodolfo. —El mes de mayo desplegaba los tesoros de su fresca verdura; el sol tenía momentos de intensidad como en el rigor del verano. Los dos amantes se hallaban entonces apoyados sobre la balastrada de piedra que en una parte de la azotea, donde el terreno está perpendicular sobre el lago, hay una escalera por la cual se baja para entrar en la barca. De la villa vecina, donde hay un embarcadero casi semejante al de Francesca, se lanzó como un cisne, una góndola con su pabellón de gallardete, su toldilla con almohadones de carmesí, en la cual estaba muellemente sentada una muger encantadora prendida con flores naturales, conducida por un jóven vestido de marinero y remando con tanta gracia por estar bajo las miradas de aquella muger. —¡Cuán dichosos son! dijo Rodolfo con un acento áspero. Clara de Borgoña, heredera de la sola casa con quien haya podido rivalizar la casa de Francia. —¡Oh!... pero ella viene de una rama bastarda, aun para las mugeres... —¡Pero es vizcondesa de Beauseant y no ha... —Titubeado! ¡no es verdad? en enterrarse con Mr. Gaston de Neuil, dijo la hija de los Colonna. ¡Oh! Ella es francesa y yo soy italiana...

Francesca abandonó la balastrada dejando en ella á Rodolfo y fué hasta el extremo de la azotea, desde donde se divisaba una inmensa extensión del lago. Al verla marchar lentamente sospechó Rodolfo que había herido aquella alma tan cándida y tan inteligente; tan activa y tan humilde, y se estremeció; siguió á Francesca, la cual le hizo seña de que la dejase sola; pero él no tuvo en cuenta el mandato y la sorprendió enjugándose las lágrimas. ¡Lágrimas en una naturaleza tan fuerte! —Francesca, dijo él cogiéndole una mano, ¿hay un solo pesar en tu corazón? Ella guardó silencio y retiró su mano, que tenía un pañuelo bordado para enjugarse de nuevo los ojos. —Perdon, repuso él, y de pronto



El Angel Ituriel.

fué á enjugar aquellas lágrimas con sus besos. —Francesca no se apercibió de aquel movimiento apasionado; tan violentamente conmovida estaba; y creyendo Rodolfo que aquello era un consentimiento, se aventuró y cogió á Francesca por la cintura y la apretó contra su corazón dándole un



Culebra boa.

beso; pero ella se separó de él por un magnífico movimiento de pudor ofendido y se quedó á dos pasos de él mirándole sin cólera, pero con resolución. —Partid esta noche, dijo ella, ya no nos volveremos á ver sino en Nápoles.

A pesar de la severidad de aquella orden, fué ejecutada religiosamente porque Francesca lo quiso. De vuelta á París encontró Rodolfo en su casa el retrato de la princesa Gandolphini, hecho por Schiner, como Schiner sabe hacer los retratos. Este gran pintor había pasado por Génova viajando por la Italia. Como él había rehusado positivamente hacer retratos de muchas mugeres, Rodolfo no creía que el príncipe, tan deseoso del retrato de su muger, hubiese podido vencer la repugnancia del célebre pintor; pero Francesca le había seducido sin duda, y obtenido él lo que conservaba como prodigio, un retrato original para Rodolfo, una copia para Emilio. Esto le decía en una encantadora y deliciosa carta, donde el pensamiento se indemnizaba del recato impuesto por la religión de las conveniencias: el ena-

morado contestó á ella; y así empezó para no acabar ya una correspondencia entre los dos amantes, único placer que se permitieron. Rodolfo, presa de una ambición que su amor legitimaba, al punto se entregó á ella, quiso poseer riquezas y se aventuró en una empresa donde puso todas sus fuerzas y todos sus capitales; pero tuvo que luchar con la inesperienza de la juventud, y contra una duplicidad que triunfó de él. Tres años perdió en una vasta empresa, tres años de esfuerzos y de valor. El ministerio Villé succumbía cuando succumbió también Rodolfo. El intrépido enamorado quiso pedir á la política lo que le había negado la industria; pero antes de lanzarse en las tempestades de esa carrera, fué, herido y doliente, á curar sus llagas y á buscar en Nápoles el valor que necesitaba; adonde fueron llamados los príncipes Gandolphini, y reintegrados de sus bienes al advenimiento del rey. En medio de su lucha fué aquel un reposo lleno de consuelo, pasó tres meses en la villa Gandolphini, mecido con las más risueñas esperanzas. Rodolfo empezó el edificio de su fortuna: ya se había distinguido por sus talentos é iba, en fin, á realizar los votos de su ambición, porque estaba prometida á su celo una alta posición en recompensa de sus servicios prestados, cuando estalló la revolución de julio de 1830, y su barca volvió á zozobrar de nuevo. ¡Ella y Dios! Tales son los dos testigos de los esfuerzos más valerosos, de las tentativas más audaces de un jóven dotado de talento, porque hasta entonces le había faltado el apoyo del Dios de los tontos, ¡la fortuna! Y ese infatigable atleta, sostenido por el amor, vuelve á empezar nuevos combates, alumbrado por una mirada siempre amiga, y un corazón cariñoso. ¡Amantes! rogad por él.

(Se continuará.)

## EL LENTIGO.

DE SU TRATAMIENTO.

«El *lentigo*, conocido vulgarmente bajo el nombre de pecas, etc., es una de las afecciones de la piel más tenaces y difíciles de estirpar. Si bien estas manchas no pueden considerarse como un estado enfermizo, no obstante, como afectan preferentemente la cara, el cuello, las manos etc., ofenden mucho, particularmente á la hermosura de las mugeres, que son las que más comúnmente las tienen. Algunas veces suelen ser consultados los médicos sobre el particular, por lo cual creemos hacer un servicio á nuestros lectores indicándoles, entre los numerosos medios propuestos para remediar este estado de cosas, una preparación que he visto ha obtenido siempre buen éxito: es la *leche antifélica* de M. Candés. Este licor se emplea en lociones, puro ó mezclado con agua, en proporciones que varían según la intensidad de las manchas y la susceptibilidad de la piel del sugeto. Bajo la influencia de estas lociones, la epidermis que cubre las partes afectadas toma un color moreno oscuro; luego sucede una picazón y un sentimiento de tensión acompañado de una ligera hinchazón. Poco después se seca la epidermis y se cae en escamillas dejando la piel blanca y fresca, sin rastro alguno de las manchas que poco antes la cubrían.»

Hé aquí una observación que nos ha sido suministrada últimamente, y explica perfectamente lo que pasa mientras dura este tratamiento:

«El 15 de julio último, vino una jóven á consultarnos para quitarse unas manchas de pecas de una coloración bastante oscura que cubrían toda su cara. Nos dijo que existían mucho tiempo hacia, pues no recordaba haberse visto nunca sin ellas. La aconsejamos el uso de la *leche antifélica* en lociones en las partes afectadas. Al cabo de cinco ó seis días de haber usado este medio, la superficie tegumentaria donde había de estas manchas tomó el color de un moreno oscuro. La jóven experimentó una sensación de tensión y picazón ligera en las partes locionadas. Estos síntomas, muy soportables además, no duraron más que tres ó cuatro días; entonces la epidermis se puso llena de grietas, y se verificó la caída completa de las pecas, bajo la forma de ligeras escamillas, dejando descubierta una piel de una blancura y frescura perfectas. Ningun fenómeno de absorción se manifestó mientras duró este tratamiento, á pesar de tener esta jóven el *cútilis* muy fino.»

»En vista de un resultado tan concluyente, aunque el autor de esta preparación no haya todavía indicado su composición (en razón á que este licor debe ser considerado más bien como cosmético que como medicamento), y hallándose su uso exento de peligro creemos que los médicos harán bien en aconsejar este medio siempre que se acuda á ellos para conseguir la desaparición de las pecas.»

(Del Correo Médico.)

Por todo lo no firmado,  
R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1860.

Imprenta y litografía de D. Juan José Martínez,  
calle del Arco de Santa María, núm. 7.